

ESTUDIOS HISTORICOS.



(Véase la explicacion del grabado al final del artículo).

25 de diciembre de 1848.

TOMO VI. 34

RECUERDO HISTÓRICO

DE LAS

REINAS GOBERNADORAS DE ESPAÑA.

Poco tiempo ha pasado desde que consagramos un recuerdo á las reinas españolas que ocuparon el trono por derecho propio antes de Isabel II (1); mas quedarian sin duda incompletos nuestros trabajos en este punto, sino presentáramos aquí á los lectores del Museo de las Familias, el de las reinas que con su valor y prudencia conservaron el cetro que el cielo destinara á sus hijos al nacer, y que empuñaron con gloria durante la minoría de estos, aunque combatidas las mas veces por ambiciosos perturbadores. No son, pues, menos célebres las reinas gobernadoras españolas que las propietarias, y son por lo mismo tan dignas como estas de que se renueve la memoria de sus hechos; pues sus nombres aunque citados con honor en las paginas de nuestra gloriosa historia, están casi olvidados. Esparcidas las noticias de las reinas gobernadoras cual las abandonadas flores de un campo inculto, apenas conocemos ya el lugar de su sepulcro. Vámos, pues, á recoger sus dispersas cenizas, y á erigirlas un panteón antes que su memoria quede del todo borrada.

La primera reina gobernadora que nos muestran las antiguas crónicas, es doña Teresa, esposa de don Sancho I el Gordo, rey de León. Escasas son las noticias que de ella nos restan, y pueden reducirse á las siguientes. Usó indistintamente del nombre de Jimena como el de Teresa, segun se vé por algunos códices é instrumentos antiguos. De esta costumbre de llevar uno ó mas nombres, tenemos repetidos ejemplos en aquella edad. Su padre Ansur Fernandez, conde de Monzon, la casó con el rey de León, cuando este, curado ya de la hidropesia que padecía, por los médicos moros de Córdoba, recobró el cetro que le usurpara Ordoño el Malo, que fué por los años de 960. La piedad y devoción sobresalian en la nueva reina, y de esto dió una señalada muestra al influir con su esposo para que trasladase á Leon desde Córdoba, el cuerpo del santo mártir Pelayo, lo que se verificó, aunque despues de muerto el monarca, y fué colocado por doña Teresa en un suntuoso monasterio que con este objeto fundó en la nombrada ciudad de Leon, con el nombre del mismo santo. Dos hijos fueron el fruto del enlace de doña Teresa; don Ramiro III del nombre entre los reyes de Leon, y doña Ermisenda: el primero heredó la corona en 966, á la temprana edad de cinco años, y su digna madre gobernó el reino como única regenta; aunque solia aconsejarse en los negocios difíciles, de su prudentísima hermana doña Elvira, religiosa á la sazón en el citado monasterio de San Pelayo de Leon. El acto mas notable de su regencia fué concluir un tratado de paz con los moros, medida aconsejada por la prudencia, y con la que logró conservar el trono de su hijo, y la quietud del reino. Cuando Ramiro llegó á la mayor edad, doña Teresa, siguiendo la usanza de las reinas viudas de aquel tiempo, tomó el velo en el monasterio de San Pelayo, hasta que trasladado á Oviedo, al monasterio de San Juan de las Duéñas, el cuerpo del santo mártir, lo siguió allí doña Teresa, y fué elegida prelada, en 997, del mismo monasterio, en donde murió y fué sepultada. Ramiro III habia muerto muchos años antes, y su reinado segun la historia nos cuenta fué bueno en tanto siguió los consejos

de su madre, palabras que, por sí solas forman un elo-
cuente elogio de la noble reina de que acabamos de
hablar.

Poco tiempo pasara, cuando volvió la corona de Leon á recaer en un niño; era este Alfonso V, y su madre doña Elvira, es la segunda gobernadora que nos presenta la historia. Bermudo II el Gotoso, habiendo repudiado á su primera esposa la reina doña Velasquita, casó de segundas nupcias, por los años 992, con doña Elvira Garcia, hija de don Garcia Fernandez, conde de Castilla, y de su muger doña Aba. Cuatro hijos tuvo Elvira, que fueron doña Teresa, que casó con el rey moro de Toledo, y despues fué abadesa de San Pelayo de Oviedo; don Alfonso, apellidado el Noble, el quinto del nombre entre los reyes de Leon; doña Sancha y don Pelayo. Poco tiempo ocupó doña Elvira el trono, pues Bermudo II murió de gota en 999. Cinco años tenia Alfonso, el hijo de Elvira, cuando heredó el trono, y esta quedó por gobernadora, auxiliada por los condes que cuidaban de la crianza del príncipe. Ninguna memoria encontramos de sus hechos como gobernadora, mas que algunas donaciones á las iglesias de Oviedo, Pombeiro y Santiago. Cuando Alfonso V tomó las riendas del gobierno, Elvira se retiró á un monasterio de Leon, donde murió y fué sepultada, por los años de 1027, conservándose en él su sepulcro, en el que está su retrato en bajo relieve.

Mucho tiempo pasó hasta presentarse en la escena política otra gobernadora, ésta fué la viuda de Alfonso VIII de Castilla, doña Leonor. Nació esta reina en Londres, en 1158, y eran sus padres Enrique II, rey de Inglaterra, y su esposa Leonor, duquesa de Aquitania. Doce años contaba solo Leonor, cuando se verificó su casamiento con el rey de Castilla. El arzobispo de Toledo, otros prelados y varios condes marcharon á Burdeos donde se hallaba la princesa con la reina su madre, y la acompañaron hasta Tarazona, donde se celebraron las bodas con desusada magnificencia. El noble rey de Castilla, galán y caballero, dió por arras á doña Leonor la ciudad de Burgos, Castrogeriz, Dueñas, Amaya, Carrion, Aguilar, Medina del Campo, otras muchas villas y lugares, y todo cuanto conquistase á los moros. Todas las crónicas contemporáneas celebran la sin par belleza de esta reina y sus virtudes, entre las que sobresalia la caridad con los pobres.

El primer fruto de este consorcio fué Berenguela, reina gobernadora y propietaria de Castilla y conocida en las historias con el nombre de Grande, á la que despues siguieron Fernando, Sancho, Enrique, Fernando, Urraca, Blanca, Fernando, Constanza, Leonor y Enrique. Leonor solicitó y obtuvo de su esposo fundarse el célebre monasterio de las Huelgas de Burgos, en 1187, y erigió en la catedral de Toledo un altar á su compatriota Santo Tomás Cantuariense, martirizado pocos años antes. Alfonso VIII dando todo el valor que merecian las singulares prendas que adornaban á Leonor, la consagró durante toda su vida la mayor ternura, y á su muerte, ocurrida en 1214, la dejó encomendada la regencia del reino durante la minoría de su hijo Enrique I, de edad de 11 años. El tierno corazón de Leonor, henchido de amor conyugal, le negó la fuerza necesaria para resistir á la pérdida de su esposo, y solo le sobrevivió veinte y seis dias, al cabo de los que murió en Valladolid, y fué sepultada en las Huelgas de Burgos. Sucedióle, en la gobernación del reino, y en la tutoría del rey niño, la célebre Berenguela, la Grande, cuya biografía y retrato encontraran nuestros lectores entre las reinas propietarias, y que no consignamos aquí por evitar repeticiones. Despues de Berenguela nos muestra la historia como gobernadora á su nieta doña Maria de Molina, que es una de las mas grandes y bellas figuras que aparecen en primer término en el gran cuadro de

(1) Véase el Museo del mes de abril de 1847, tomo 5.º

nuestras glorias. Eran sus padres el infante don Alfonso, señor de Molina, hermano de San Fernando, y su tercera esposa doña Leonor Alfonso de Meneses. El año de 1281 casó con don Sancho, hijo segundo de Alfonso el Sabio, celebrándose las bodas en Toledo magníficamente. Al año siguiente comenzaron las grandes turbulencias entre el rey Sabio y su segundo hijo don Sancho; y doña María, cual cumplía a una tierna esposa, siguió la suerte de este último. Muerto don Alfonso en 1284, doña María siguió al nuevo rey a Toledo, donde se hicieron las fiestas de la coronación, y aquel la dotó con las ciudades de Valladolid, Toro y Ecija; y las villas de Mesa, Zafra, Astudillo y otras varias. En el año antes diera a luz una hija que tuvo el nombre de Isabel, y en el de 1285 un hijo llamado Fernando; a este siguieron Alfonso, Enrique, Pedro, Felipe y Beatriz. A pesar de tan numerosa sucesión, el papa Martino IV trató de disolver el matrimonio de Sancho y María en 1283, por ser parientes muy cercanos (1), para lo que espidió un breve; mas don Sancho no quiso acceder a esta exigencia, y doña María después de la muerte de aquel, deseando legitimar a sus hijos, insistió en sacar dispensa de su casamiento, y la alcanzó de Bonifacio VIII, mediante la suma de diez mil marcos, ó sean cinco mil libras de plata, en 1301. A la muerte de Sancho IV, ocurrida en 1291, quedó su viuda por gobernadora del reino durante la minoría de su hijo Fernando IV, que contaba diez años de edad. De esta época datan las glorias de la célebre doña María. El primer uso que hizo del poder real, fué levantar el tributo de la *Sisa* que agobiaba a los pueblos, y otorgar fueros, tanto a los nobles como a los pecheros. Estas providencias revelaban la sin igual prudencia que adornaba a la reina, pues con ellas se atrajo la voluntad de los pueblos, que aclamaron al nuevo rey Fernando IV, a pesar del mejor derecho de sus primos los infantes de la Cerda, hijos del hermano mayor. Cien contrarios poderosos alzaron, sin embargo, sus brazos contra un niño huérfano y contra una débil mujer; pero esta triunfó de todo. Su cuñado el infante don Juan, ayudado de los moros granadinos, taló las tierras de Castilla por una parte, en tanto que por otra lo hacía don Diego de Haro, señor de Vizcaya, pugnando uno y otro por hacerse con la regencia; y para colmar la apurada situación de la gobernadora, los ambiciosos Laras, los continuos perturbadores de la corona castellana, encargados por la misma reina de hacer frente a don Diego de Haro, se pasaron al bando de este, abandonando a doña María. En tan furiosa tormenta convocó cortes en Valladolid, las que se reunieron, a pesar de la oposición armada que hizo el turbulento infante don Enrique, que secundado por los Laras y los Haros, obligó a la gran reina a resignar en él la tutoría del rey niño, cuya persona conservó sin embargo en su poder doña María, que al fin triunfó de tantos adversarios, y Fernando IV fué proclamado solemnemente en las mismas cortes. Renovóse a poco la guerra por los moros, apoyados por el rey de Portugal, y la varonil reina dió nuevas muestras de su valor y prudencia. Mandó, pues, a don Enrique para que hiciese frente al monarca portugués y le ofreciese la paz con honrosas condiciones, y ella misma marchó a Burgos para sujetar a don Diego de Haro. El resultado correspondió a sus esperanzas, pues uno y otro quedaron apaciguados por entonces. Apenas sofocada esta revuelta, suscitóse otra mas furiosa. El infante don Juan unido a los reyes de Aragón, Portugal y Granada, quiso apoderarse del gobierno, y para revestir de alguna solemnidad a sus ambiciosas pretensiones, intentó reunir cortes en Palencia; no siéndole dable a la reina impedirlo, escribió a las ciudades para prevenirles no se dejaran deslumbrar de las promesas del revol-

luto infante. Prolongáronse estas turbulencias y doña María se atrevió a entrar sola en Segovia oñpada por sus enemigos a los que obligó a abrirle las puertas. Los aragoneses que, por este tiempo sitiaban tenazmente a Mayorga, villa pronunciada en favor de doña María, se vieron precisados a levantar el cerco por la terrible peste que se desarrolló en su campo, y que diezmo sus filas. No bien libre doña María de estos enemigos, se vió acometida y cercada en Valladolid, donde se hallaba con su hijo, por los portugueses acaudillados por su rey, y auxiliados por los infantes don Juan y don Alfonso que se titulaban el primero rey de Leon y el segundo de Castilla.

La reina gobernadora alcanzó al fin por medio de sus acertadas disposiciones, que se levantase el sitio, y que los portugueses se retirasen. Doña María marchó entonces a cercar por sí misma la villa de Paredes, adonde se retiraron la mujer y la madre del infante don Juan. Para hacer frente a los continuados gastos que tan prolongada guerra ocasionaba, doña María vendió sus joyas y vajilla, llegando el caso de comer en platos de barro antes que oprimir a los pueblos con nuevos impuestos.

A punto de rendirse ya Paredes, acudió en su socorro el infante don Enrique, y la gobernadora se vió precisada a levantar el sitio. En 1297 trató doña María el casamiento del rey su hijo con doña Constanza, infanta de Portugal, con el objeto de asegurar la paz que a toda costa deseaba la gran reina conquistar a sus súbditos, cediendo mucho de sus derechos y haciendo concesiones a los rebeldes. Habiendo sitiado a Soria el rey de Aragón, a últimos del año 1300, el primero de enero del año siguiente, a pesar de lo rigoroso del invierno, marchó doña María apresuradamente desde Burgos, a la cabeza de sus tropas, mas al llegar a Alcaraz, tuvo noticias de haber caído el castillo en poder de los aragoneses por medio de capitulación.

Poco tiempo después el joven rey don Fernando, engañado por don Juan Nuñez de Lara y otros mal contentos, se apartó de su digna madre, a pretexto de concurrir a una cacería, y se encargó del gobierno del reino, no sin señalada oposición de muchos partidarios de la reina madre, que olvidando el proceder del ingrato Fernando y para evitar nuevas discordias, no solo apasiguó a aquellos sino que asistió a las cortes de Medina del Campo, donde el nuevo rey se declaró solemnemente mayor de edad. Dejándose este llevar aun de los consejos de sus cortesanos, quiso residenciar a la noble reina; y entonces se puso en evidencia que se desprendiera de todas sus joyas para cubrir los gastos del estado y conservara hasta las mas insignificantes que pertenecían a su hijo; no obstante, este obcecado y desagradecido príncipe, continuó por algun tiempo unido con los enemigos de doña María, mas conociendo al fin sus errores los abandonó, y en 1307, cuando al frente de sus tropas marchó a la guerra de Andalucía, dejó a su augusta madre encomendado el gobierno de sus estados. Muerto Fernando IV en 1312, y al año siguiente la viuda doña Constanza que quedara por gobernadora, volvió a recaer la regencia por acuerdo de las cortes de Burgos, reunidas en 1314, en doña María que gobernó a nombre de su nieto Alfonso Onceno, que solo contaba dos años, en union de los infantes don Pedro y don Juan; pero muertos estos a manos de los moros en 1315 en la vega de Granada, quedó por única gobernadora doña María, aunque no sin oposición, pues el infante don Juan Manuel apoyado por varios pueblos le disputó la regencia.

Para apaciguar estas nuevas alteraciones, doña María convocó cortes para Palencia en 1321, mas cuando se disponía a marchar a esta ciudad le acometió la última enfermedad en la de Valladolid. Conociendo se acercaba su hora postrera, reunió a todos los caballeros

(1) Doña María era prima hermana de su suegro.

y regidores de la ciudad, y les entregó la persona del rey su nieto, y poco después murió en el convento de San Francisco donde residía con frecuencia, y fué sepultada en el de Santa María la Real, hoy Huelgas, que ella misma fundara. Otros muchos monasterios debieron su existencia a la piedad de esta celebre reina, y la corona de Castilla le es deudora del señorío de Molina, que heredara por cesion que le hizo su hermana doña Blanca poseedora de aquel estado. Fue doña María una de las más insignes reinas que ocuparon el solio castellano y digna por todos títulos del renombre de Grande con que es conocida en la historia. Siguiendo el orden cronológico, según nos hemos propuesto, la reina gobernadora que sigue a doña María de Molina es su nuera doña Constanza, hija primogénita del rey de Portugal don Dionisio y de su esposa Santa Isabel, nacida el 3 de enero de 1290. Contaba solo siete años cuando fué desposada en Alcañices con Fernando IV rey de Castilla y Leon, y aunque por la corta edad de ambos contrayentes no se consumó el matrimonio, doña Constanza usó desde luego del título de reina, y en 1302 se celebraron solemnemente las bodas en Valladolid. Dos años adelante concurrió a las vistas que su esposo tuvo con los reyes de Aragon y Portugal en Agreda, y Tarazona, y en 1307 dió a luz una infanta que tuvo por nombre Leonor. Pasados cuatro años tuvo otro hijo en Salamanca, que sucedió a Fernando IV en el trono y se llamó Alfonso II. Siguió doña Constanza al rey su esposo a la campaña de Andalucía, y hallándose en Martos recibió la infausta nueva de su muerte, la que le causó tal pena que estuvo a punto de espirar. Habiendo sido nombrada gobernadora del reino a nombre de su hijo Alfonso, por el testamento de Fernando IV, se encargó inmediatamente del mando y marchó con el rey niño a Avila donde lo confió a la custodia del obispo don Sancho, hasta tanto que las cortes nombrasen tutor, pues los ambiciosos infantes don Juan y don Pedro y don Juan Nuñez de Lara, se alzaron contra la nueva gobernadora para arrancarle la regencia. Los sinsabores que estas turbulencias ocasionaron a doña Constanza y la melancolía que la consumía desde la muerte de su esposo, le causaron la suya, que ocurrió en Sahagún, en 1313 cuando solo contaba 24 años. Su cadáver fué conducido a la catedral de Córdoba donde yace, y doña María de Molina la Grande volvió a tomar las riendas del gobierno a nombre de su nieto como arriba dijimos. En el mismo siglo encontramos en Castilla otra reina gobernadora; esta fué doña Catalina de Alencastre, madre de Enrique III el Doliente. Eran sus padres Juan de Gante, duque de Alencastre, hijo del rey de Inglaterra Eduardo III, y doña Constanza de Castilla, su esposa, hija del rey don Pedro el Cruel y de doña María de Padilla. Los duques pretendían el trono de Castilla apoyados por los portugueses, y aun usaban del título de reyes. Juan I, que lo ocupaba a la sazón, deseando hacer cesar estas porfiadas contiendas que afligian el reino desde la muerte del rey don Pedro, quiso casar a su hijo primogénito don Enrique con Catalina, y los de Alencastre acogieron favorablemente este proyecto, que aseguraba a su hija la sucesion del trono que pretendían. Don Juan I dotó a su nuera con las villas de Atienza, Almenara y Molina, y a doña Constanza, madre de Catalina, con las de Guadalajara, Medina y Olmedo. Los duques entonces renunciaron a sus pretensiones a la corona, y Juan I dispuso que los nuevos esposos fuesen jurados *principes de Asturias*, siendo los primeros que llevaron este título. Esta concesion fué una galantería del rey de Castilla, para con su nuera, con la que correspondió a la de los ingleses que en ocasion semejante, cuando el casamiento de Eduardo, hijo de Enrique III, con doña Leonor, hija de San Fernando, crearon para festejar a la infanta castellana, el título de *Príncipe de*

Gales, que aun llevan los herederos de la corona de Inglaterra. Le eligió la denominacion de *Asturias* por ser esta provincia la cuna y solar de la monarquía española, y no haber sido nunca dominada por los moros. Las ceremonias para la investidura del nuevo principe consistieron en ser conducido por mano del rey su padre en un trono magnifico, vestirse despues un manto de púrpura, colocar una diadema en su cabeza y una vara de oro en la mano, y darle el ósculo de paz en señal de union y de amor (1).

El desposorio, pues, de doña Catalina, fué en 1388, en Palencia, y las espléndidas y lucidísimas fiestas con que se solemnizó tan fausto acontecimiento, que aseguró la paz del reino, se extendieron hasta los mas pequeños pueblos.

Corría el año de 1390, cuando la inesperada y desgraciada muerte de Juan I, ocurrida en Alcalá, de un apoplejía del caballo, colocó la corona de Castilla y Leon en las sienes del príncipe de Asturias. Hallábase este con Catalina a la sazón en Madrid, y esta villa fué la primera que los proclamó por reyes, mas hasta 1393 no fué Enrique III declarado mayor de edad, y entonces fué cuando celebró sus bodas con Catalina, con la que hasta entonces no hiciera vida marital por su corta edad. Los Tres hijos tuvo Catalina, que se llamaron María, Catalina y Juan; este heredó a los dos años de edad la corona, y en 1407, y la reina cuya biografía nos ocupa, quedó por gobernadora acompañandola en el mando el célebre infante don Fernando, llamado despues de Antequera por haber conquistado esta ciudad en 1411. El primer acto de autoridad de la gobernadora, fué declarar la guerra a los moros, eternos enemigos del nombre castellano, y aprontando de su peculio particular, los caudales necesarios para la guerra. Ambos regentes, según dispusiera el rey en su testamento, dividieron las provincias, quedando a doña Catalina todo lo que hay allende los puertos de Guadarrama hacia Segovia, y a don Fernando lo de allende los mismos hacia Andalucía, teatro de la guerra a la sazón. Habiendo este príncipe heredado la corona de Aragon en 1412, fueron nombrados en su lugar varias personas que ejerciesen la tutoria en su lugar en union con doña Catalina, pero muerto don Fernando en 1414, quedó aquella por única gobernadora. Señalóse en esta época de su mando por la prudencia y habilidad en el ejercicio de gobernar. Ajustó treguas con los moros y protegió la conquista de las islas Canarias, que desde aquella época se incorporaron a la corona de Castilla. En 1418 murió doña Catalina en Valladolid, dejando varias fundaciones religiosas como una muestra de su piedad, tales como el convento de dominicas de Mayorga, la iglesia de Santa María de Nieva y varias capellanías en la catedral de Toledo, en la que fué sepultada y yace.

Despues de Catalina, no nos presenta la historia otra gobernadora hasta doña Mariana de Austria, segunda mujer de Felipe IV, hija del emperador de Alemania Fernando III y de su esposa doña María, infanta de España. Tratado el casamiento de María con el príncipe de Asturias Baltasar Carlos, iba ya a verificarse cuando el rey Felipe IV, viudo a la sazón de doña Isabel Borbon, siguiendo el ejemplo de su abuelo Felipe II, quitó a su hijo su prometida y ajustó su enlace con ella en 1647. La dote de la nueva reina ascendía a cien mil escudos de oro, y recibió por arras otros tantos, y cincuenta mil mas en joyas y presentes. Verificáronse las bodas con desusada magnificencia en Navacarnero, donde habia salido a su encuentro Felipe, en octubre de 1649. Repitieron las fiestas en Madrid, y fueron tales que su memoria quedó consignada en las

(1) Véase Salazar de Mendoza, dignidades de Castilla, y Florez, Reinas Católicas.

historias. Al año siguiente dió á luz Mariana una hija que se nombró Margarita, y después á María, Felipe, Fernando y Carlos. En 1665 murió Felipe IV, y por su testamento quedó doña Mariana como gobernadora del reino durante la minoría de Carlos II, que solo contaba cuatro años, asistida por un consejo de gobierno. Suscitáronse graves alteraciones con motivo del favor que gozaba con la reina el padre Juan Everardo Nithard, jesuita alemán, su confesor, al que abandonó las riendas del gobierno. Siendo aborrecido de los españoles por su calidad de extranjero, le dió doña Mariana carta de naturaleza y le nombró inquisidor general, cargo de gran valía en aquel tiempo. Concluyó Nithard un tratado de paz con Portugal, provincia que hacía poco se rebelara y separara de la monarquía española, muy desventajoso y humillante para España. Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, fué vivamente perseguido por que se oponía á las demasías y violencias del ambicioso confesor, que al fin fué desterrado por la gobernadora.

Sucedíole en el favor y privanza don Fernando Valenzuela, hombre de oscuro nacimiento, el cual escluido de la casa del duque del Infantado en la que servía en calidad de page, se vió de repente ensalzado á la alta dignidad de grande de España y caballero mayor de la reina, cosa como dice un autor respetable, que aunque no estuviera revestida de otros escosos y desórdenes, pudiera exasperar los ánimos de los mas contentos. En efecto, doña Mariana se entregó con poco decoro y reserva á su ministro y amante y esto produjo gravísimas alteraciones.

En 1670 concluyó la reina gobernadora un tratado de alianza con Holanda y el Austria contra la Francia que amenazaba los estados españoles de Flandes, y en 1672 dispuso que el niño rey que contaba por este tiempo 10 años, asistiese al consejo de gobierno con objeto de instruirse. En el mismo año aconteció el lamentable incendio que consumió la mayor parte de la Plaza Mayor de Madrid, y la gobernadora dió entonces una muestra de su caridad y sentimientos filantrópicos socorriendo generosamente á los que mas sufrieron en aquella terrible catástrofe, y mandando reedificar á su costa la plaza. Restos de aquellas construcciones son el suntuoso edificio de la Panadería y las casas contiguas. Lastimosa época fué esta para España que caminaba á largos pasos á su decadencia: la guerra promovida por los franceses, eternos enemigos de los españoles, ardía en Flandes y Sicilia, y las fuerzas de doña Mariana y de su privado Valenzuela eran harto débiles para conjurar tan desecha tempestad como combatió la ya desmembrada monarquía de Carlos V.

En 1675 fué Carlos II declarado mayor de edad, y su madre le entregó el gobierno de la nación que estaba en el estado mas lastimoso. Desde el mismo día percibió Mariana la pensión de 300,000 ducados que su esposo la dejara asignados en el testamento. Carlos II, monarca débil, tanto en el espíritu como en el cuerpo, al empuñar el cetro, siguió el triste ejemplo de su madre, y abandonó la dirección de los negocios públicos á su hermano de padre don Juan de Austria, enemigo personal de doña Mariana, que fué desterrada al alcázar de Toledo por decreto de su hijo que anuló tambien todas las mercedes hechas á Valenzuela, que fué preso y conducido á Filipinas, donde se cree murió. Permaneció doña Mariana en Toledo hasta la muerte de don Juan de Austria, acaecida en 1679, que regresó á Madrid llamada

por Carlos II; hospedóse en el Buen Retiro, y allí residió hasta el casamiento de su hijo, verificado en el mismo año, que pasó á vivir á las casas del duque de Uceda hoy Consejos, donde murió en 16 de mayo de 1696 de un zaratan que no quiso descubrir. Su cadáver fué conducido al Escorial. Después de doña Mariana no hubo en España otra reina gobernadora hasta doña María Cristina de Borbon, cuarta esposa de Fernando VII, que lo fué durante la minoría de la reina Isabel y cuyos sucesos no referimos aqui por ser conocidos de nuestros lectores y por no pertenecer aun, segun nuestro concepto, al dominio de la historia.

N. C. DE CAUNEDO.

Explicacion del grabado que acompaña á este artículo.

Doña Teresa, muger de Sancho el Gordo, primera reina gobernadora de España. El grabado es copia de una miniatura del siglo X que hay en un misal de la catedral de Oviedo, regalado por ella misma. *Trage.* En la cabeza toca, caramiello y una sarta de perlas que cuelgan sobre el pecho: dos túnicas; la interior muy ceñida, la exterior de poco vuelo; mangas anchísimas por en medio; alamares que dejan ver la túnica interior; la mitad del vestido exterior sembrado de perlas; zapatos de punta.

Doña Elvira, muger de Bermudo el Gotoso, segunda reina gobernadora de España. *Trage.* Semejante al anterior con pelo prolongado acabando en punta; esclavina abierta por delante; zapato redondo, y en la cabeza toca y caramiello. Es copia el grabado de un libro gótico de la catedral de Oviedo, y de su supulcro en Leon.

Doña Leonor de Inglaterra, muger de Alfonso VIII, tercera reina gobernadora: es copia el grabado de un sello suyo original. *Trage.* Túnica muy floja sujeta con ceñidor; las mangas un poco vueltas dejan ver la túnica interior muy ajustada; capa corta; toca y corona en la cabeza; un azor en la mano; zapato redondo.

La cuarta reina gobernadora fué doña Berenguela, cuyo retrato dimos entre el de las reinas propietarias. Véase el tomo 3.º del Museo de las Familias, pag. 75.

Doña Maria de Molina, muger de Sancho IV, quinta reina gobernadora. El grabado es copia de la estatua de su sepulcro que existe en las Huelgas de Valladolid. *Trage.* Túnica floja sin ceñidor; mangas muy ajustadas; manto largo, preso con un boton al pecho; cabello suelto y una corona pequeña en la cabeza; en la mano un gran cetro que remata en una flor de lis; zapatos de punta muy aguda.

Doña Constanza, muger de Fernando IV, sexta reina gobernadora. Es copia el grabado de un sello original. *Trage.* Una especie de jubon muy ceñido; saya con algun vuelo; capa ó manto que se desprende de los hombros; corona semejante á la de los marqueses; cetro largo; zapatos de punta; pelo tendido.

Doña Catalina de Aleuastre, muger de Enrique III. El grabado es copia de un devocionario de la catedral de Toledo y de una antigua historia de Inglaterra. *Trage.* Semejante al de la anterior; el jubon es de otra forma con una vuelta de arminas, tres joyas en el escote y otra al cuello; en la cabeza, ademas de la diadema de forma estraña, un adorno llamado palenas; zapatos de punta.

Doña Maria Ana de Austria, muger de Felipe IV, octava reina gobernadora. El retrato original pintado por Velazquez, existe en el Museo de Madrid.

Doña Maria Cristina de Borbon, muger de Fernando VII, novena reina gobernadora y madre de nuestra actual soberana doña Isabel II. No está comprendida en el grabado.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

PRACTICAS POPULARES

DEL DIA

DE LOS SANTOS INOCENTES,

De las inocentadas eclesíasticas, y origen de esta festividad.

Flores Mártirum, Salvete, quos in secutor Christi sustulit in ipso limine, seu turbo lucis, nacentes rosas. Vos prima Christi munera tener grex inmolatum simplices luditis palma et coronis sub ipsam aram

(PRUDENCIO).



abido es por el Evangelio que Herodes Ascalonita, rey tirano de Judea y de toda la tierra de Promision, viéndose burlado por los magos que fueron á adorar al niño Jesus y no le dieron parte de haber hallado al Mesias, lleno de cólera juró exterminar al recién nacido, y que al efecto mandó degollar á todos los niños que en la ciudad de Belen y sus contornos no pasasen de dos años. También lo es, que tan bárbara orden fué llevada á cabo por sus furiosos é impíos soldados, y que solo Jesus escapó de la matanza, así como el que la iglesia dió el título de Inocentes á los niños asesinados, que fueron los primeros mártires que sufrieron la muerte por Cristo, nuestra luz y esperanza. La iglesia cristiana quiso desde luego honrar la memoria de tanto inocente, y considerándolos como purísimos ángeles mártires, estableció su festividad desde este principio, y así es que su rezo se halla ya en el Sacramentario Gregoriano que es de los mas antiguos. El día 28 de diciembre es en el que se hace conmemoracion de tan bárbara matanza, y cuando se celebra en domingo usa la iglesia del color morado para simbolizar la tristeza y el llanto que se efectuó en Belen el día desdichado en que se cumplió el vaticinio de Jeremías cuando dijo: *Vox in excelso audita est lamentationis, luctus, et fletus Rachel ploranti filios etc.* Como se haya dicho que los niños degollados fueron ciento cuarenta y cuatro mil, fundándose en aquella palabra de San Juan en la Apocalipsis del Señor, de que vió sobre el monte Sion un cordero en pie y con él ciento cuarenta y cuatro mil, á pesar de que no tienen los espositores sagrados por posible el número, en atencion á la pequeñez de la ciudad de Belen y poca poblacion de sus contornos, y á que se dice en la liturgia de los griegos y de los etiopes, que solo fueron catorce mil los niños sacrificados; á pesar de esto, repetimos, que la iglesia usa del número ciento cuarenta y cuatro mil, valiéndose de él segun San Antonio y Pelbarto: «porque el ciento es número debido á la Virgen, pues que cogen el fruto centésimo por su promesa, el 44 símbolo de los fieles de Cristo que observan los diez mandamientos y los cuatro Evangelios, siéndolo el mil de la mas cumplida perfeccion, y como estos niños fueron vírgenes sin mancha y sin culpa alguna, y se unieron con Cristo por el martirio,

esta es la razon por la que se espresa el número citado.»

De este recuerdo sagrado de la historia del Redentor del mundo, han nacido varias practicas, algunas de ellas bastante ridiculas, de las cuales nos vamos á ocupar por que componen una parte del cuadro de nuestras costumbres. Frecuentemente se suele confundir la inocencia con la ignorancia, y precisamente de no saber distinguirlas nace un sinnúmero de consecuencias que lastiman la civilizacion de nuestro siglo. La inocencia, es, como dice muy acertadamente Mr. de Bradi, es un estado tan dichoso del alma, que en tan feliz situacion, ni sufre remordimientos, ni experimenta el arrepentimiento; la ignorancia proviene de la falta de instruccion, y de consiguiente el llamar, como se suele, inocente á un ignorante, es no saber el verdadero significado ni filosofia de las voces.

Habiendo tocado al punto de la inocencia, y hablandodel día de Inocentes, séanos permitido, antes de entrar en materia, manifestar alguna cosa con respecto á tan dichosa cualidad con sujecion á la opinion de los sábios, que mejor la han descrito, entre los que no podemos menos de contar al citado Bradi. Los ángeles recibieron de Dios una perfecta inocencia, y la de los niños puede asemejarseles completamente. El hombre, adquiere su inocencia sacrificando sus deseos y venciendo las pasiones que le son naturales. Por esta razon la inocencia es el homenaje mas magnífico que puede el hombre ofrecer á Dios, que es el único tambien que puede apreciarle, porque solo á éles dado sondear nuestros corazones, y por eso los artistas, cuando han personificado á esta virtud, la han representado refugiándose en los brazos de Dios, que es en donde el tiempo la descubre por mas que el hombre trate de ocultarla con la máscara del crimen. La inocencia en la primera juventud está hermanada á una ignorancia llena de encantos; su expresion aumenta los atractivos de la belleza, y se puede decir que el mundo aprecia á los que no le conocen, ya por lo poco que valen, ya por la esperanza que tiene de sacar provecho de ellos; pero precisamente de esa ignorancia angelical ha abusado el hombre para burlarse de ella, al propio tiempo que de la verdadera ignorancia que resulta de la falta de instruccion, y de aquí las burlitas llamadas *inocentadas* con que se divierte el pueblo el día de la festividad de los santos Inocentes, cuyo origen, en cuanto á la costumbre festiva en su mayor parte, no viene precisamente de la liturgia ni de la historia del cristianismo, si no del gentilismo como vamos á probar. Las inocentadas son, por decirlo así, en nuestra España, las precursoras del Carnaval, siendo muy comun cuando la Cuaresma cae baja, que se inaugure el día de los Inocentes con bulliciosos bailes de máscaras, si bien no han faltado años en que se haya empezado tan alegre época el mismo día del nacimiento del Señor, formando paréntesis la santa y alegre Pascua con el triste Miércoles de Ceniza para coger en el medio la estacion de la diversion mas desordenada y mas popular que existe.

Empero, suspendiendo por haberlo tratado ya en otros artículos, cuanto concierne al Carnaval, diremos que el origen de las burlitas y bromas del día de los Inocentes, á que llamamos *inocentadas*, es preciso buscarle en las saturnales, fiestas que dedicaban los romanos á Sa-

turno, rey de Italia, como lo dicen Pretestato en Macrobio, cap. 7, y Justo Lipsio al tratar de ellas. Reinó Saturno en el siglo de oro, época en que no se conocía en el mundo la esclavitud, y á tan dichosos tiempos se refieren las saturnales, en cuyas fiestas, que se celebraban en los últimos días del mes de diciembre, se permitía á los esclavos en memoria de tan feliz siglo, el igualarse á sus señores, dándoseles, según Macrobio, licencia para jugar como mejor les pareciese.

No solos los esclavos tenían sus saturnales, si no que también las mugeres, que las celebraban en el mes de marzo, y tanto en estas fiestas como en otras, en aquellos días no se hacía nada formal entre amos y criados, sino bailar, comer y beber hasta embriagarse, y hacer mil locuras con el rostro tiznado de negro ó de otros colores, según nos lo dice Luciano al describir estas fiestas.

Como Jano fué compañero de Saturno, los romanos consagraron á ambas divinidades los meses de enero y de marzo, y por lo tanto en las fiestas de Jano se hacían las mismas diabluras empezando en ellas su Carnaval, por decirlo así, puesto que hallamos en Albino Flaco, en su obra de Divinis Officiis que se disfrazaban en figuras monstruosas, y trocaban sus vestidos recíprocamente los hombres y las mugeres para mayor diversion, cubriéndose el rostro con caratulas extrañas, y recitando versos, á lo que alude Virgilio en sus Georgias cuando dice:

Oraque conticibus sumunt horrenda cavatis:
Et te, Bacce, vocant per carmina leta....

Petronio Arbitro nos da también esta costumbre, y con referencia al tiznamiento del rostro, dice Nonio Marcelo, que fué juego y burla tan pesada, que lo propio era tiznarle á uno el rostro, que ridiculizarle, de cuya opinion fué Plauto en la comedia *Aulularia*, acto 4.º, escena 5.ª, y en el prólogo del *Epidico* y en *Captivis*. Con referencia á esta costumbre, nos dice Virgilio que se pintaban el rostro con moras negras, no fallando, según Aristófanes, en el *Pluto*, quien se embadurnase el rostro con estiércol. Y no se crea que estas locuras se hacían entre la gente vulgar romana solamente; estas pesadas chanzas se practicaban también hasta con los mismos emperadores por los caballeros ecuestres y por la plebe, y así es que encontramos consignado en Suetonio *apud Claudio*, que los bufones de este soberano se burlaban de él en tales días, ya tirándole huesos de aceituna al rostro, ya dándole humazo á las narices, y ya poniéndole en las manos cosas asquerosas para que cuando despertase y se las llevase, como es natural al rostro, se embadurnase, que es á lo que se refiere cuando dice: *Solebant et manibus steruentis joci induci, istrepentē expergefactus faciem sibi confricari*.

El atar al que está dormido, en semejante día para chasquearle al despertar como hoy suelen hacer los muchachos, es cosa antigua, pues que nos dice ya Virgilio en su égloga 6.ª, que lo hicieron también con el viejo Sileno, así como tampoco es de invención moderna, el tocar á uno por la espalda, y darle con un guante henchido de harina al volver la cara, que es una de nuestras inocentadas y usos de Carnaval entre la plebe, pues que ya hallamos mención de esta costumbre, en Aristófanes en su comedia *Celestria Celebrantes*. Costumbre es del día de los Inocentes, y aun de todo el tiempo que dura el Carnaval, el mantear á los que han sido chasqueados ó á los que se quiere hacer una pesada burla, y también se remonta su origen á las fiestas saturnales, atendiendo á que Tranquilo lo refiere entre las travesuras del emperador Othion durante su mocedad, diciéndonos, que cuando andaba este vagabundeando con otros, si hallaban á algun pobrete que no se podía defender por cualquier cosa, y en particular por borracho, le echaban sobre

su sayo y le manteaban. Debió ser tan comun esta costumbre, que Marcial en su lib. 1.º, epigrama 4, dice á su propio libro que no creyese en alabanzas fingidas pues que tenía que después de ellas le manteasen.

Andieris cum grande Sophosdum basia captas
Ibis ab excusso missus in Astra Sago.

Una de las costumbres que mas promueven la diversion el día de los santos Inocentes en España es el *prestamo*, ó sea burla de dinero que se hace á los incautos ó distraídos. Consiste esta en pedir las damas á los caballeros, estos á las damas ó á sus amigos, y los criados á sus amos, y los hijos á sus papás, una pequeña cantidad prestada, valiéndose del engaño y de la astucia, ya prestando los unos habérseles olvidado el bolsillo y tener que hacer un pago indispensable, ya manifestando los otros cosas de fácil creencia. El que no se acuerda del día en que vive, ó viendo la formalidad con que se le hace la demanda, cree en la necesidad que se le presta, da su dinero de buena fé como un inocente prógimo. El que logró tan buen resultado de su engaño, manda por dulces u otros gustosos manjares con el dinero del burlado, y convidando á los amigos mas próximos ó á los de la casa, incluso al pobre *pagano*, les dice: que le den las gracias, pues que les convida por ser sus días, y le den la enhorabuena por su inocentada: entonces el pobre inocentón conoce el lazo que le tendieron, y conformándose con la costumbre, además de perder su dinero, se ve precisado á sufrir las zumbas con que le saludan los que se regalan á su costa, costumbre que ya nos trae Macrobio casi igual como practicada en su tiempo.

A esta costumbre se sigue la de engañarse en los obsequios que se hacen los unos á los otros con almendras amargas, dulces y otras cosas que promueven la diversion.

No es hasta cierto punto reprehensible que aun se sigan estas prácticas gentílicas para divertirse en estos días de alegría, si bien siempre es un mal pago de la dulce sencillez y de la envidiable inocencia; pero lo que hallamos muy extraño es que se hayan puesto las cosas sagradas de nuestra santa religion en ridiculo por los mismos que debieran haberse opuesto á ellos atendiendo á su santo ministerio. En nuestro artículo del año pasado correspondiente á este día, denominado de la *fiesta de Navidad*, dimos razon de la grotesca fiesta llamada de los locos; fiesta que se repetía el día de los santos Inocentes en las iglesias, entregándose á ella con entusiasmo los diáconos, sacristanes, monaguillos y aun los mismos sacerdotes, y la cual se practicaba ya en la iglesia griega en tiempo de San Agustin, puesto que condenó sus excesos con la energía que le fué natural. Hemos leído en el *Compendium Historiarum* de Cedreno, pag. 639, que por muchos siglos se entregaron en Constantinopla el pueblo y los sacerdotes en las fiestas de Navidad y de los Inocentes hasta la Epifania, á toda clase de satánicos excesos, desórdenes que favoreció Teofilato, patriarca de aquella ciudad en el siglo X. En el siglo XII se celebraba ya en Inglaterra esta fiesta baco-clerical, puesto que hallamos edictos prohibiéndola bajo pena de excomunion, y ya entonces hacia mucho tiempo que existía en Francia, en donde se celebraba con la mayor solemnidad en las iglesias de Beauvais, Sens, Autun, Rouen, Dijon, Bearne, Nevers y Paris. Por las actas de los concilios de Constantinopla, Roma, Tours, Angerre, Paris y Balle, las capitulares de Gregorio II y demas bulas de los pontífices; por los escritores eclesiásticos y por muchas pastorales de los obispos, se ven prohibidos los excesos de estas antiguas orgias que se ridiculizaban y anatematizan en varias obras, y muy particularmente en la del concilio de Bale, titulado *Spectaculis in ecclesia non*

faciendis. A pesar de todo esto solo se consiguió se modificase algo la costumbre, pero tardó mucho en abandonarse del todo, quedando aun de ella no pocos rezagos. Esta ridícula costumbre por la que las iglesias se convertían en salones de máscaras que las profanaban a pretexto de culto religioso, con sus bailes, juegos, cantares descompuestos, bufonadas, no pocas veces sacrilegas, y aun con mayores escesos, se introdujo en España casi al propio tiempo que en Francia, particularmente en las provincias marítimas del Mediodía, si bien con menos descompostura y mas conforme a nuestra natural gravedad; y resto de ella son las extrañas inocentadas que aun se ejecutan en algunas iglesias, y las alborotadas misas de aguinaldo, en las que se ponen en práctica acciones y cantares impropios del santo lugar en que se ejecutan, siendo los villancicos grotescos trasunto un poco mas respetuoso de los cantares de la fiesta de los locos, y de los dirigidos al asno en la fiesta del asno el día de la Circuncisión, de la que daremos noticia en nuestro artículo de Año nuevo. En confirmación de esto, léanse muchos de los villancicos impresos que se cantan en las misas de aguinaldo, y por las bufonadas de que están llenos se podrá juzgar si son dignas algunas de estas poesías de ser cantadas en los templos, y asistase á las inocentadas, misas espresadas, y á la llamada del gallo en algunas partes, y no podrá menos de ofenderse el cristiano observador al ver convertida la iglesia en una casa de locos que creen agrandar á Dios, y festejarle en su natalicio y en el recuerdo del glorioso martirio de los inocentes con sus ridículas contorsiones, bailes y cantares estrafalarios, y agitación de grotescos instrumentos.

Volviendo á la fiesta de los locos con referencia al día de que tratamos, añadiremos lo siguiente á nuestro espresado artículo de Navidad. En los concilios de 1460 y de 1483, solo se trató de cortar los principales abusos, lo que se registró en las capitulares de Sens; pero su completa supresión puede decirse no fué hasta fines del siglo XVI en que había decaído el gusto de esta fiesta, porque puede mas el curso progresivo de la ilustración, que la fuerza de las leyes.

La fiesta de los locos, posterior á la de la llamada Misa del gallo, empezaba el segundo día de Pascua y seguía el día de Inocentes. En ella se elegía por los sirvientes eclesiásticos, entre los sacristanes, un abad, y entre el pueblo un arzobispo ó papa, según la población. En las catedrales se elegía arzobispo, pero en las iglesias *arenas*, y en las no sujetas al dominio episcopal, se elegía un papa, al que se le revestía de la tiara y demas ornamentos pontificales. La bufonesca elección del abad, que empezaba por medio de un *Te-Deum*, se hacia llevando en hombros al elegido adonde se reunía el cabildo, y allí le colocaban en un rico estrado. Al entrar, todos los circunstantes, incluso el obispo, si se hallaba presente, se levantaban, y saludándole le ofrecían despues vino, dulces y frutas. Luego que acababa de comer empezaba á cantar, y todos le acompañaban dando gritos desaforados, ahullando, silbando y haciendo gestos, y cuando se fatigaban decia el sacristan en alta voz en lengua lemosina: «De parte de mi señor el abate y sus consejeros, os hacemos saber que todo hombre le siga.» En aquel momento salían todos tumultuariamente y recorrian la población en desorden, entregándose á mil escesos y extravagancias. El papa, que se elegía en las catedrales con las mas burlescas ceremonias segun dijimos en nuestro artículo de Navidad, se conducía, segun la historia de Autum, lib. 8, pág. 142,

á su casa en brazos de los sacristanes, precedido de acólitos, ordenandos y eclesiásticos jóvenes que llevaban mitra y cruz episcopal y arzobispal, y de una numerosa clerecía disfrazados de trages y caretas extrañas, ó con la cara pintarrajeada, y algunos de ellos con trages de mujer. Todas las puertas de la casa del elegido se abrían para recibirle, y metiéndole en un tonel daba la bendición á su pueblo. Desde su casa se le volvía en procesión al coro de la iglesia, en donde se le cantaban coplas grotescas, comiendo en tanto los diáconos y demas sirvientes de ella al lado del altar; otros jugaban á las cartas y á los dados, quemando en el incensario semillas pestíferas, cuyo humo fastidiaba á los asistentes y producía nuevos escándalos. Luego que se terminaba la misa, los coristas saltaban y bailaban desordenadamente delante del altar al son del órgano. Los enmascarados salían despues llevando en andas al abad, obispo ó papa, haciendo el papel de Balaam, haciendo contorsiones que divertían al inmenso pueblo que les seguía. Concluido el paseo triunfal, desnudaban al papa de sus ornamentos y le daban un queso en premio de sus trabajos y servicios, y del honor de haberse sentado en la silla episcopal, y de haber recibido los mismos homenajes que el verdadero prelado.

Para completar esta fiesta, debemos decir que al concluir el oficio decia el limosnero en alta voz: *Silete, Silete, Silentium habete*, á lo que respondía el coro *Deo gratias*; daba el fingido obispo en seguida la bendición, y el espresado limosnero pronunciaba burlescas indulgencias, entre las que decia una: *Mi señor, que está aqui presente os dará veinte banastas de mal de dientes, y á vosotras, señoras, una cola de rosas*. Solo en las provincias limítrofes á Francia se han observado estas costumbres, pero terminaron mucho antes en España que en aquel país.

No se libraron las Castillas de ver en sus iglesias en aquellos siglos celebrar ridiculamente el día de los Inocentes, el que celebraban los sacristanes y monaguillos, revistiendo de cura con casulla al monaguillo mas nuevo en este oficio, al cual se divertían en bañarle ó bautizarle, metiéndole la cabeza en la pila de cristianar, ungiéndole con miel, haciéndole creer que de este modo quedaba hecho sacristan, y que al año siguiente sería obispo. Despues traían á la iglesia el barraco del concejo, y aderezándole con mil cintajos, montaban sobre él al inocente coronado con su bonete, y le paseaban alrededor del templo cantando sus compañeros coplas alusivas, á la puerta del cura párroco, que si era de buen humor, le mandaba azotar para que quedase purificado y fuese obispo cuanto antes, y deno ser asi se contentaba con echarle la bendición y darle paz en el rostro. Un decreto del rey don Enrique IV que hemos visto, prohibe esta costumbre por los abusos que dice se notaban en ella, pero aun duraba todavia en tiempo de Carlos V, pues que la vemos descrita en un códice titulado *Supersticiones* que poseemos, con motivo de una causa criminal á que dió lugar. El engaño que se hace á los forasteros recién venidos á Madrid de recorrer las calles para ir á esperar á los Reyes, cargados con una escalera y con un hachon de esparto y resina encendida, la noche vispera de la Epifanía, acompañado de multitud de gentes sonando cencerros, llevando multitud de luces y alborotando, no es otra cosa que una burla pesadísima, á que llaman inocentada jugada al pobre ignorante que no sabe las prácticas plebeyas de la corte.

BASILIO SEBASTIÁN CASTELLANOS.

En todos los países, el language que emplean los revendedores ambulantes y las placeras; para dar salida a su género, es un language simbólico con modismos y frases figuradas, apenas inteligibles para los extranjeros; pero en ninguna parte creemos que se haya llevado el abuso al tanto extremo como en España, y muy principalmente en Madrid. La diferencia de dialectos que mas ó menos modificados se conservan en nuestros antiguos reinos, y que comunican al idioma infinidad de términos provinciales en uso aun entre las personas mas cultas, y la circunstancia de ser los vendedores de la corte, verdaderos representantes de todas las provin-

cias, les dan á estos cierto carácter de originalidad que merece estudiarse. Vamos pues á presentar algunos tipos reduciéndolos en las explicaciones á lo meramente preciso, para que no escada este artículo en límites á lo que debe ser, atendida la índole del periódico á que se destina, y la naturaleza de la materia de que se trata; por otra parte el grabado suplirá con ventaja las aclaraciones que podamos omitir.

Un forastero que por primera vez llegue á esta villa heroica es seguro que se quedará como en Babia al oír gritar por las calles á una muger «mollares y garrafales» y por Dios que como alguien no se lo explique, difícil-



La cerecera.

mente adivinara que lo que vende son *cerezas*.

Por fortuna para mayor confusion, detras de aquella muger vendrá otra diciendo «de Miraflores la nata» y si repara en el género que vende hallará que son *requesones* y no de Miraflores, sino hechos en Madrid y no con mucha limpieza.

«A los ricos de Aragon» gritan desaforadamente, en la calle de Alcalá, por tiempo de ferias, un ciento de aragoneses, como si quisiesen llamar la gente para ir á buscar los hacendados de su pais, y de lo que se trata es nada mas que de vender *melocotones*; por manera



La requesonera.



El ruedero.

que dicen dos cosas que al comprador no le importan y callan el nombre del género, que es lo realmente interesante. En el mismo defecto incurren los que pregonan «de Pastrana las buenas» para vender *acitunas* detestables.

No por sus gritos, sino por su facha, es notable el que va vendiendo *ruedos*, con tal laconismo y parsimonia, y con voz tan sonora, que bien podria pasar por *tenor* en una compañía de gritadores, en que la *naranjera* fuese el *tiple*.

Es en efecto imposible formar una idea, no oyéndolo,



La naranjera.

de lo agudo del chillido que con cierta cadencia musical da la naranjera al decir: «Aquí hay naranjas y limas; naranjas y limones baratos.»

TOMO VI.



El arenero.

Análogo al grito de la naranjera, es el que sale de boca del *arenero* para publicar su género: «Arena de San Isidro; azul y blanca, el arenero:» voca con toda



La cañamonera.

su fuerza un muchacho andrajoso y descalzo, que lleva a la espalda una mala espuela de arena para fregar los muebles de cocina, y en la mano un cubeto que fue de aceitunas sevillanas, lleno de polvo de ladrillo.

Los *cañamones tostados* es género que monopolizan casi exclusivamente las vendedoras viejas; pudiera de-

cirse que es una jubilación del oficio. Su puesto fijo es a por lo general en las puertas de las tabernas, sobre todo de noche y cuando hace mal tiempo.

Los valencianos tienen de tal modo vinculada en Madrid la venta de ciertos géneros, que no parece sino que gozan un privilegio exclusivo. La estera de invier-



El esterero.



El horchatero.



El buñolero.

no y la fina, en puestos fijos en los portales y ambulantes; el café caliente en el invierno para todas las mozas de servicio por las mañanas, en las calles y plazas, y para los cocheros y lacayos en las noches de carnaval a la puerta de los bailes de máscara; la horchata de chufas en verano, en tiendas limpias y elegantes algunas, como pudiera estarlo un café, o en garrafas, que empiezan a circular por las calles desde las cuatro de la tarde, inquietando con sus voces los que las llevan, a los que duermen la siesta; los *buñuelos*, «a cuarto tiernecitos»

los melones «a cala» las pasas e higos, y por tiempo de Navidad el turrón de Alicante y Jijona, todo con raras excepciones y con notable constancia, se vende en Madrid por los hijos del Turia, de diferentes sexos y edades.

El que oiga gritar «de Fuencarral, como manteca», difícilmente comprenderá que se trata de *uacos* para la olla. Este género, así como los *huevos*, lo venden las mugeres de Fuencarral, que atraviesan las calles, de la corte en todas direcciones, con su burro, portador de



La huevera.



La rabanera.



La aguadora.

la mercancía, y el grito de orden es «la huevera, huevos» con tal uniformidad, que por la voz parecen una sola las infinitas fuencarralesas, dedicadas a este tráfico.

La *rabanera* se distingue por su desgarrado, que ha llegado a hacerse proverbial, y pertenece a la familia

de las naranjeras, ayellaneras y ramilleteras de nueva especie.

Como la nieve acabadita de coger, se pregonan el agua en el verano, mas caliente que otra cosa.

El *barquillero* es un muchacho que vende y juega

barquillos, de porte algo mas decente que el arenero; de modo que bien se puede considerar como un ascenso en la carrera.

Los útiles para la limpieza de las casas están dividi-

dos en dos clases de vendedores de diferentes sexos: las escobas pertenecen al femenino, y los zorros y plumeros al masculino.

Esto no quiere decir que alguna vez no se mezclen



El barquillero.



La escobera.



El zorrero.

ó se truequen ambos; pero en el lenguaje de cocina solo se conoce *escobera* y *zorrero*.

A la manera de los valencianos, ejercen tambien los descendientes de Pelayo cierto monopolio con algunos oficios en Madrid. Asturianos son indispensablemente los aguadores y mozos de cordel, y lo son tambien los proveedores de ensaladas. El *escarolero*, ya sea ambulante ó de puesto fijo en alguna tienda de comestibles, el que vende la lechuga, el cardo y el apio, ha de pertenecer por fuerza á uno de los dos concejos rivales: *Patria* ó *Pileña* y á las domingueras reuniones de la Virgen del Puerto.

Hasta hace muy poco tiempo las castañas fueron

mercancia del sexo débil. «Calentitas cuantas» se oia con frecuencia gritar á una muger que con una especie de cocina improvisada dentro de un cajon, se ocupaba de asarlas á la puerta de una taberna, ó las vendia cocidas en la esquina de una calle. Los hombres que todo lo invaden, asan ya castañas tambien, y no les esio lo peor, sino que usan métodos mas espeditos y las dan mas baratas; de modo, que á los antiguos *castañeros* que solo las vendian crudas en costales, segun venian de la Alcarria, hay hoy que añadir los *castañeros* que acabamos de citar.

Si alguna vez un forastero oye gritar en Madrid á una muger que lleva una cesta en el brazo «chorizos de



El escarolero.



El castañero.



La guindillera.

Leganés, que no se imagine por Dios que es un embudo de cerdo lo que le ofrecen, porque se llevará gran chasco; lo que la tal muger vende, no es otra cosa que *guindillas* ó pimientos picantes, producto de las huertas de Leganés, de donde viene tambien la *pepitoria* en len-

guage de plazuela ó sean los *pepinos* por su verdadero nombre.

Así como unos vendedores se complacen en desfigurar el género ocultando como hemos visto lo que mas importa publicar, otros por el contrario se limitan solo á



pregonarle, sin ninguna añadidura. A esta especie pertenece la *zapatillera*, que recorre la población llevando al hombro, y pendientes de un palo, infinitas zapatillas de todas clases.



La zapatillera.



La prendera.



El jaulero.

La *prendera*, verdadera tienda ambulante de trapos viejos y casi de ningún valor.

El *jaulero*, tipo absolutamente madrileño por su traje, su conversacion y sus modales. La mujer que ven-



La cintera.



La sebera.



El jamonero.

de cintas provista de una cesta en el brazo, las *lijeras* pendientes de la cintura y la vara de medir en la mano.

La *sebera*, puerca y desgredada, con un talego al hombro que espide un olor insoponible. El *jamonero*



La cangrejera.



La cuajadera.



La ajera.

con su traje estremeño, llena la alforja de jamones que que aturde con sus gritos de «cangrejos vivos, cangre- el llama dulces y de chorizos de su país. La *cangrejera*, «jos.» La *cuajadera* que provista de una olla debajo del

brazo y una taza en la mano, vende leche cuajada á los chicos, aderezada con azúcar un poco parecida á la arena de San Isidro. La *ajera* que pasea la poblacion cargada de ristras de ajos. Este género se vende tambien

por los hombres al grito de *el ajero ajos*, «la del trapo y hierro viejo», que es un verdadero «contrasentido» entre los vendedores, puesto que no vende, sino que compra, y así su voz es «hay trapo y hierro viejo que vende»



El Trapo y hierro viejo

El fresero

El *fresero*, tipo madrileño, de cuya integridad en el peso hay poco que fiar, y otros muchos que por el pronto no recordamos. Estos puede decirse que son vendedores leales, puesto que no acuden á ninguna superchería para atraer al comprador, y los entenderá todo el que entienda el castellano; pero á los que gritan «Vivitos de hoy» para despachar *besugos*, traídos de cien leguas y con quince días de muertos; á los que publican «tinto rico de Aragón» y «albillo de la villa del Prao;» y lo que venden son *uvas tintas* y *uvas blancas*; los que

vocean «en dos cuartos medio» para dar salida á los *piñones*; «almendritas del Pardo» para despachar *bellotas* amargas como hiel, y «la grana vendu», en vez de decir que venden *tomates*; es os solo los entienden los habitantes de la corte; pero dejan en ayunas á los forasteros, que tardan mucho en comprender tan complicada fraseología: les recomendamos por tanto este artículo para que les sirva de diccionario, si por su dicha llegan á venir alguna vez á habitar la villa heroica del 2 de mayo.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

LICURGO.

Nació este hácia la olimpiada 93, por los años de 408 antes de Cristo. Correspondia á la familia de los Elobutades, del orden sacerdotal, y muy antigua en Atenas. Su padre, llamado Lycofron, pereció víctima de los Treinta tiranos. Su hijo Licurgo estudió á un mismo tiempo filosofía y elocuencia bajo la direccion de Platon é Isocrates, que formaron á los mas grandes oradores de su siglo. Aquí observaremos de paso, que para los antiguos griegos eran inseparables la ciencia de las cosas y el arte del estilo. Unos mismos maestros enseñaban á un tiempo los preceptos de la filosofía y las reglas de la elocuencia. En efecto ¿de qué sirve saber escribir, si no se ha adquirido un caudal suficiente de conocimientos útiles, que sean como el cuerpo y la sustancia de las palabras, que de otra manera solo serian vanos sonidos, capaces de recrear el oído, sin comunicar al ánimo ninguna idea? Por otra parte, la ciencia mas profunda llega á ser casi inútil, si se descuida el arte de ordenar los pensamientos, y de comunicarlos de un modo agradable é interesante. Licurgo supo en esta parte aprovecharse de las lecciones de sus ilustres maestros, habiendo hecho á un mismo tiempo progresos en el arte de pensar, y en el de hablar.

Muy luego fué empleado en Atenas, su patria, que á la sazón se hallaba en guerra con Filipo, monarca activo y ambicioso de Macedonia. Licurgo se asoció á Demóstenes para contrarrestar los proyectos de aquel contra Atenas y contra toda la Grecia. Juntos, estos dos grandes oradores, recorrieron el Peloponeso, á donde pasaron en calidad de embajadores, y en donde trabajaron con éxito en suscitar enemigos al rey de Macedonia. Demóstenes habla con elogio de Licurgo en una de sus filípicas, donde cita el hecho que acabamos de referir, informándonos que desde su destierro habia escrito á los atenienses, recomendándoles los hijos de Licurgo, á quienes se perseguía despues de la muerte de su padre; nos dice tambien que este excelente hombre se habia limitado á la administracion de la hacienda pública, y que solo se ocupaba de otros ramos cuando se trataba de hacer la guerra á los partidarios del rey Filipo ó de prestar apoyo á los enemigos de este príncipe: tambien nos dice que los atenienses tenian tal confianza en la virtud de Licurgo, que pronunciaron muchas sentencias bajo la fe de su palabra. Durante quince años tuvo el encargo de administrar todas las rentas de la república y de arreglar la policía interior de Atenas. La inteligencia é integridad suma con que desempeñó el primer destino, le merecieron los mayores elogios: en la policía manifestó un rigor, que fué capaz de aterrar á los malvados, obligándoles á abandonar la ciudad. Su severidad era estremada, y de él se ha dicho lo mismo que de Dracon.

que sus leyes y decretos estaban escritos con sangre.

Se refiere de Licurgo un rasgo á propósito del filósofo Jenócrates, que prueba á un mismo tiempo la altivez y firmeza de su carácter y su respeto á la filosofía. Jenócrates se hallaba tan pobre, que no había podido satisfacer el impuesto establecido sobre los extranjeros que residían en Atenas. Licurgo lo encuentra cuando lo conducía á la cárcel el recaudador de esta contribución: se llena de indignación, reprende á el arrendador de aquel impuesto, arranca de sus manos al filósofo, y conduce á aquel por autoridad propia á la cárcel, por no haber sabido respetar en un ilustre extranjero la ciencia unida á la virtud. Todos los atenienses aplaudieron esta acción, acerca de la cual decía Jenócrates, que Licurgo había recibido inmediatamente la recompensa de su generosidad en los elogios que todo el mundo le tributaba. Jenócrates era de la escuela platónica: la austeridad de su virtud le hizo triunfar de todas las gracias y atractivos de la célebre cortesana Lais.

Los atenienses recompensaron sus virtudes y servicios con un decreto, el mas honroso que mereció nunca ningún ciudadano. Se acordó que se le levantase una estatua en la plaza pública; que el primogenito de sus descendientes fuese sostenido en el Prytanéo á espensas del tesoro, y que sus leyes y decretos fuesen grabados en una lamina de bronce, que se colocase en la ciudadela. Cercano á su muerte este virgoso republicano, se hizo conducir al Senado, donde dio cuenta de su administración, y confundió al mas encarnizado de sus enemigos, que pretendía desacreditarlo. Habiendo vuelto á su casa, murió en breve á la edad de mas de ochenta años. Después de muerto mereció el honor de que todos los ciudadanos se vistiesen luto, y de que se le erigiese una nueva estatua en el parage mismo en que se hallaban las de los mas ilustres personajes del estado.

Estos honores tributados á su memoria no impidieron que sus enemigos aun lo persiguiesen después en sus hijos, á quienes acusaron como deudores del tesoro en representación de su padre, haciéndolos condenar á una multa considerable, y encerrándolos en una cárcel, porque carecían de medios para pagarla. En esta ocasión, como ya hemos indicado, escribió Demóstenes desde su destierro una carta á los atenienses, en la que les hace ver con vigor, pero al mismo tiempo, del modo conveniente, su ingratitud é inconsecuencia con un hombre como Licurgo, que les había prestado tan eminentes servicios, y á quien durante su vida habían colmado de aplausos y distinciones; les manifiesta que la justicia, el honor y su interés propio exigían, que pusiesen en libertad á sus hijos.

Apsino, en su tratado de retorica, nos ha conservado un fragmento de Hipérides, que viene á ser el epitafio de Licurgo, y una especie de epigrama contra la ligereza de los atenienses: «¿Qué se dirá al pasar cerca de esta tumba? Su vida ha sido prudente y arreglada. Encargado de administrar la hacienda pública de Atenas, supo proporcionarle abundantes recursos; reparó los teatros, construyó arsenales, navios, puertos. Los atenienses lo colmaron de honores, y encerraron en una cárcel á sus hijos.»

Hemos visto lo que fue Licurgo como hombre de estado: no mereció, ni merece menos admiración como orador. E' tiempo nos ha conservado los títulos de quince de sus discursos, de los cuales uno solo, que ha llegado hasta nosotros, nos hace lamentar la pérdida de los demas. Su carácter severo y su celo lo impulsaban naturalmente á acusar: por eso todos los títulos de sus discursos anuncian acusaciones. Dice Plutarco, que acusó á muchos ciudadanos, y que á todos los hizo condenar: esto prueba, que al menos eran fundadas las acusaciones que intentaba. Por el contrario, él fue acusado muchas veces, y nunca condenado. Según Dionisio de Ha-

licarnaso mostró Licurgo, en sus arengas, un corazón lleno de franqueza y amigo de la verdad: su tono era imponente y altivo, y su estilo tenía mucha fuerza y dignidad, aunque con poca gracia y poca delicadeza. Diodoro de Sicilia dice, que en la elocuencia era el primer hombre de su tiempo; que había egercido doce años, sin merecer que nadie lo acusase, la administración del tesoro público; que su conducta se hallaba exenta de la menor sospecha; pero que era el mas duro y ardiente de los acusadores. Para probar esto, cita algunas espresiones de su discurso contra Lysicles, que había mandado las tropas en Queronea. «Bajo tu mando, dice, Lysicles, mil ciudadanos han perecido en el combate; dos mil han quedado prisioneros; un trofeo se ha levantado contra Atenas; la Grecia toda ha sido esclavizada: estos tristes acontecimientos han ocurrido siendo tú general, y mandando tú; ¿y vivis todavía? Gozais todavia de la luz del sol! y osais presentaros en la plaza pública, y presentaros á vuestra misma patria, para renovar la memoria de sus desgracias y de su oprobio!»

Plutarco nos ha conservado muchos hechos y espresiones de este hombre insigne tan respetado y considerado en su tiempo.

El estado y los particulares depositaban en él su dinero con la mayor confianza y satisfacción, llegando á tener de los últimos hasta 250 talentos. Aunque era de carácter severo, el pueblo lo amaba porque era íntegro y liberal. A veces echó mano de su propio dinero para hacer frente á los gastos públicos. El grande Alejandro, de quien era enemigo, lo pidió á los atenienses con designio de quitarle la vida; pero siempre se lo negaron. Como uno diese en su presencia á este príncipe el título de dios, «¿Estrañó dios! dijo, aquel de cuyo templo no se puede salir sin rociarse con agua áustral!» Era sencillo en el vestir, y aunque rico, usaba un mismo traje en invierno y verano, y siempre el mismo calzado. Hablaba al pueblo con franqueza y le decía la verdad sin rebozo. Un dia que los atenienses no le dejaban hablar, exclamó en voz alta: «¡Oh látigo de Coréyra, cuántos talentos vales!» Publicó muchas leyes relativas á los juegos, á los poetas trágicos, y en particular acerca de Esquilo, Sófocles y Eurípides; á quienes hizo que se le concediesen los mas grandes honores. Por una de sus leyes se prohibía á toda dama de Atenas, que fuese en carruaje á Eleusis, por temor de que los pobres se considerasen en esto inferiores á los ricos, imponiendo una multa de seis mil dracmas á la que contraviniere. Su esposa incurrió en infidelidad, y mandó dar un talento á los testigos que habían declarado su delito. Acusado por eso ante el pueblo: «Veis, al menos, dice, atenienses, que se me acusa, no por haber tomado dinero, sino por haberlo dado.» Como tenía poca facilidad para hablar improvisadamente, se egercitaba dia y noche en la declamación. Se acostaba en un duro lecho para poder despertarse mas temprano y estudiar: lo acusaban de pagar sofistas, que se ocupasen en la enseñanza. «Si alguno, decía, me asegurase que había de hacer mejores á mis hijos, yo le daría de buen grado, no solo mil dracmas, sino hasta la mitad de toda mi fortuna.» Uno de sus hijos, llamado Abroon, había heredo la integridad de su padre, y por lo mismo se le encargó la administración del tesoro público. Todos los actos de la suya los hizo grabar en una columna, que mandó colocar en parage que el mismo había hecho construir, y desde donde todo el mundo pudiese verla. Nadie pudo acusarlo ni vencerlo de haber en lo mas mínimo defraudado los intereses del estado. Daremos una ligera idea de su discurso contra Leócrates, que es el unico, segun hemos indicado, que ha llegado hasta nosotros.

Después de la batalla de Queronea, temían los atenienses que Filipo atacase la ciudad, y por consiguiente

adoptaron todas las disposiciones oportunas para ponerla al abrigo de todo insulto en aquellos momentos de alarma. Un ciudadano, por nombre Leócrates, con pretexto de hacer comercio, pasó á Rodas, y desde allí á Megáres, no habiendo vuelto á su patria hasta después de ocho años de ausencia. Licurgo lo hace comparecer ante el tribunal del pueblo, lo acusa con calor como á un ciudadano cobarde, que abandona su patria cuando mas necesidad tiene de su brazo, y cuando todos los demas vuelan á su defensa.

Principia de una manera magestuosa, invocando á Minerva y á los héroes que tienen altares en la ciudad de Atenas y en su distrito, y cuyos templos y bosques sagrados, por medio de su fuga, ha entregado Leócrates al furor de los enemigos. Ruega á aquellas divinidades que si Leócrates es verdaderamente culpable del crimen de que se le acusa, inspiren á los jueces y á sí propio todo el rigor que exige semejante falta; y que si es inocente lo tomen bajo su protección y conserven sus dias. Da una grande idea de un acusador que representa la parte pública, denunciando ante los tribunales á los culpables que la ley designa. Espone después los motivos que lo han impulsado á entablar esta acusacion, la importancia del asunto y la enormidad del crimen de Leócrates. Exhorta á los jueces á que pronuncien su sentencia con todo rigor en una causa que reclama toda la severidad de las leyes: el mismo ofrece proceder en la acusacion con verdadero espíritu de justicia, sin mezclar en ella nada que le sea extraño.

En la narracion refiere las circunstancias y el modo con que Leócrates salió de Atenas, su viaje á Rodas y después á Megáres, habiendo trasladado á esta última ciudad los dioses de sus padres, después de haber vendido los bienes que poseía en su patria. Insiste principalmente sobre el hecho de haber trasladado de su país los dioses á una ciudad extranjera, y de haber negado sus esclavos, para que puestos en el tormento declarasen la verdad de los hechos.

Después de haber fijado estos, traza el cuadro de la situacion en que se hallaba la ciudad de Atenas cuando Leócrates la abandonó. Elogia el esfuerzo y valor de los ciudadanos que sucumbieron en Queronea defendiendo la libertad de su patria. En todo este trozo hay mucha fuerza y dignidad. Después de esta especie de estravio elocuente, hace ver á los jueces que les es imposible absolver al acusado.

Refuta victoriosamente todas las razones que podían alegarse en contra de la condenacion de Leócrates. Podía éste decir que se había ausentado como comerciante, y que había hecho un viaje á Rodas para asuntos de comercio. Licurgo pretende que tal cosa es un pretexto falso, y que aunque fuese un hecho real y positivo, no justificaria á quien de él se vale para su defensa. Leócrates dirá tambien que no es culpable de traicion, y que no ha entregado á los enemigos ninguna parte de la ciudad. Contesta Licurgo diciendo, que por medio de su ausencia ha entregado toda la ciudad, y que no ha consistido en él que no quedase completamente abandonada. La huida de un solo hombre, dirán sus defensores, no podia ser para Atenas de una gran consecuencia. Esta razon la refuta de un modo sutil el orador, concluyendo con decir que el acusado es tanto mas culpable, cuanto que solo él ha huido, cuando todos los demas han permanecido en la ciudad para su defensa. Abandonar la ciudad, dirán algunos, no es por sí mismo un crimen, pues los antepasados de los atenienses en la guerra que sostuvieron contra Jerjes, la abandonaron y se retiraron á Salamina. Licurgo se indigna de que se compare una resolucion en extremo magnánima, con la accion mas infame de todas. Exalta el valor de aquellos famosos atenienses, que con peligro propio salvaron toda la Grecia del yugo de la servidum-

bre, y contraponen á todo esto la cobardia de Leócrates.

Todo lo demas del discurso hasta la peroracion, comprende una multitud de hechos tomados de la fabula y de la historia, citando los usos de Atenas y de Lacedemonia, las penas que en una y otra republica se imponian á los traidores y á los cobardes; el patriotismo de Codro, la generosidad de Praxitea que sacrifica á su propia hija por la salud del Estado; el valor que los atenienses y lacedemonios han acreditado en sus guerras contra los persas, etc. Todos estos hechos los presenta el orador con interés sumo, y con aquel arte capaz de ligarlos estrechamente con el asunto de su acusacion. Entre los excelentes trozos que pudieran citarse de este discurso es en extremo notable el que se funda en una exortacion de Praxitea á los soldados que van á combatir.

Trata Licurgo de desacreditar á los que hicieron solicitudes en favor de Leócrates, y desde aquí pasa á la peroracion, que nos parece un trozo admirable por su fuerza y vehemencia, interesando en la causa á los vivos, á los muertos, y aun á los seres insensibles. Todo quiere que se anime contra Leócrates, que lo acuse, y que reclame la pena mas rigurosa.

Segun Esquino, el resultado de la acusacion intentada contra Leócrates, fué que por un voto, no se le condenó á la muerte ó á un destierro perpetuo. Veamos el trozo que acabamos de citar, y en el que se muestra el exaltado patriotismo de las republicas antiguas.

«Voy tambien á citaros á Homero, haciendo al mismo tiempo su elogio. Nuestros mayores hacian tan singular estimacion de este famoso poeta, que solemnemente acordaron, como una distincion gloriosa, que sus versos fuesen recitados cada cinco años en las fiestas panateneas, para hacer conocer á los griegos cuán celosos eran de conservar la memoria de las grandes acciones; y dónde podian aprender esto mejor que en Homero. La ley, en su lenguaje preciso, no enseña, sino que ordena, cuando los poetas, trazando un cuadro de la vida humana, escojen los mas bellos rasgos, valiéndose para que produzcan el mayor efecto, de todo el aparato y riqueza del estilo. Hector, exortando á los troyanos á la defensa de su patria, les dirige estas palabras:

A los navios
Acometed en escuadron cerrado;
Y aquel de entre vosotros que de verca
O de lejos herido, dela vida
Al término fatal aqui llegare,
Alegre muera: que glorioso y dulce
Es morir en defensa de la patria.
Y libres ademas sus tiernos hijos
Quedarán y su esposa, y menoscabo
No sufrirán sus bienes, si en las naves
A su tierra volvieren los aqueos.

«Inflamados con estos versos, y ardiendo en deseos de distinguirse por acciones semejantes á las que oían referir en Homero, vuestros mayores, ¡oh atenienses! se sentian animados de tal valor, que arrostraban la muerte, no solo en defensa de su ciudad, sino aun de toda la Grecia como patria comun. En la batalla de Maraton triunfaron de todas las fuerzas de Asia, y salvaron la Grecia; con menos ambicion de obtener honores que de merecerlos, llegaron á ser árbitros de la Grecia y señores de los bárbaros; no se contentaron con hablar del valor, sino que lo mostraron. Entonces el estado y los ciudadanos gozaban de tal reputacion por su esfuerzo, que consultado por los lacedemonios el oráculo de Delfos, cuando se hallaban en guerra con Mesena, aconsejó á estos hombres valientes que tomasen un gefe de nosotros si querian vencer á sus enemigos. Mas si el dios juzgó que

(1) Traducción de Hermsilla.



un general ateniense era superior á los descendientes de Hércules, establecidos para siempre sobre el trono de Esparta, ¿no deberá creerse que nuestros padres se hallaban dotados de un valor invencible? ¿Quién de los griegos ignora que los lacedemonios tomaron en nuestra ciudad por general á Tirteo; que bajo las órdenes de este, derrotaron á sus enemigos, y que además trabajaron hábilmente en formar á su juventud con lecciones capaces de producir los mas gloriosos efectos en las generaciones futuras? Tirteo les recitó versos que todavía se conservan, y cuya lectura contribuirá siempre á inflamar el valor. A pesar de la poca estimacion que generalmente tenían á los poetas, llenos sin embargo de admiracion por el que habian elegido entre nosotros, decidieron que en adelante, en el momento de dar una batalla, y con las armas ya preparadas, se reuniesen todos los guerreros en derredor de la tienda del monarca para oír los versos de Tirteo; segun ellos, este era el mejor medio de disponer á los combatientes á que muriesen por su patria; y para que se sepa cuáles fueron los poetas que merecieron la estimacion de aquellos valientes, voy á leer los mismos versos de Tirteo:

«Al frente de todos caer el primero,
Dejar á la patria su aliento postrero,
No hay nada mas bello teniendo valor!
No hay pena mas fiera que errar mendigando.
Los campos fécondos, la villa dejando,
Del padre y la madre cediendo al clamor.

El débil que á triste pobreza se humilla,
La frente se cubre de afrenta y mancilla;
Al verle las gentes la espalda le dan,
Su raza deshonra, desmiente su cuna,
Tan solo le sigue vergüenza importuna
Y acaba en olvido su misero afán.

Luchemos, valientes mozos lozanos,
Por nuestros hogares, por nuestros hermanos,
Por hijos y esposas, armada la sien.
Salvar no queremos cobardes la vida,
Luchemos en firme tremenda y unida,
Juntemos escudos y cuerpos tambien.

No sienta ninguno temblar la rodilla,
Ni ponga el espanto su tez amarilla;
Ninguno á la huida se apreste servil,
Magnánimo esfuerzo los pechos aliente;
Quien muelles é indignos afectos no siente
No muestra al contrario pavora pueril!

¿Quien huye, soltando la espada sus manos,
Dejando á los flacos guerreros ancianos
La furia del choque feroz sostener?
Es mengua que al viejo sin fuerzas, el mozo
Que aun tiene en el rostro los fuegos del bozo
Consienta en las filas primeras caer!

Es mengua en los mozos que muera por ellos
Quien tiene ya blancos la barba y cabellos,
Que ruede cubierto de sangre y sudor,
Mordiéndole la tierra, la vida exalando,
Sus manos temblorosas en vano ocultando
Su cuerpo desnudo con pena y rubor!

Y ¿quien esa infamia contempla ó escucha?
Mas cumple que arriesgue su vida en la lucha
Tan solo á la heroica viril juventud.
En tanto que duran los años mejores,
Y ciñen sus sienas laureles y flores,
Y el pecho le inflaman amor y virtud!

Admiran amantes las tiernas doncellas,
Al jóven hermoso que lucha por ellas
Y al frente de todos con ánimo ven,
Y no es menos bello cayendo cual fuerte.

Nublando sus ojos la cárdena muerte
Al frente de todos herido en la sien! (1)

Véase como termina Licurgo su peroracion:

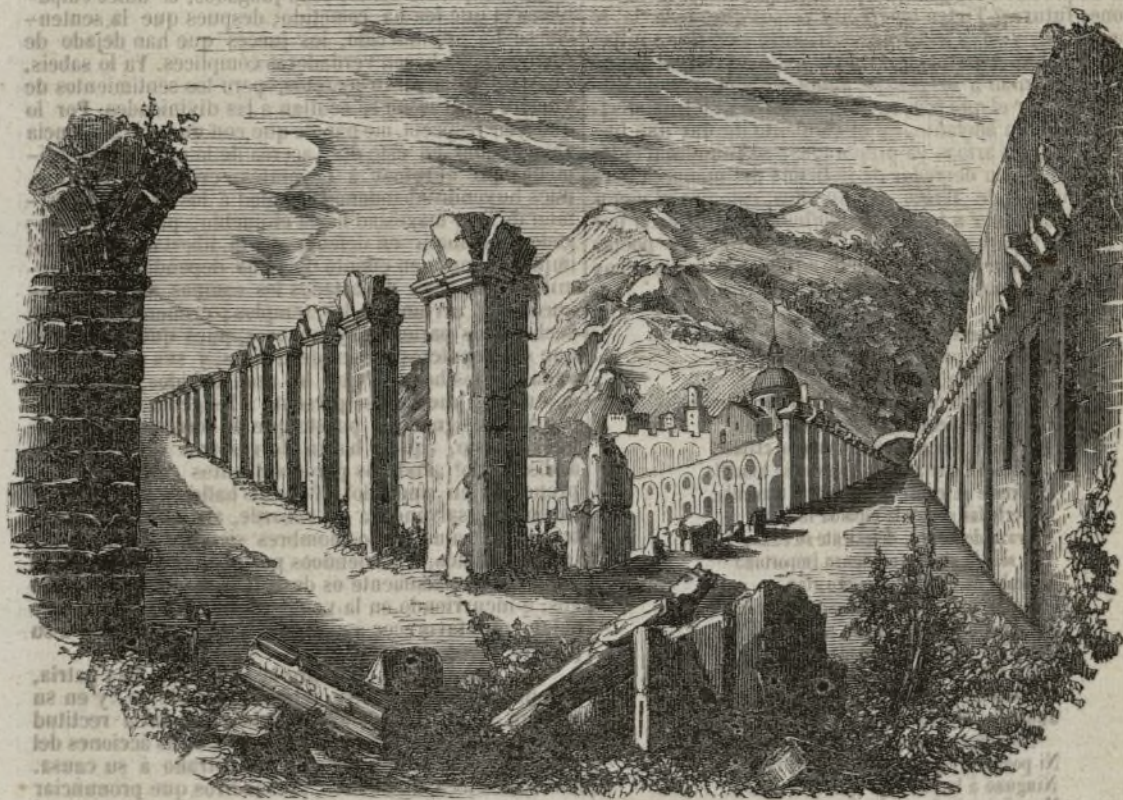
«Por eso, atenienses, os denuncio á un hombre que ha violado todos sus deberes, y lo denuncio ante vosotros que teneis la facultad de castigarle. El suplicio de Leócrates se debe á los dioses y á vosotros mismos. Antes de que los delitos sean juzgados, el único culpable es el que los ha cometido; despues que la sentencia se ha pronunciado, los jueces que han dejado de castigarlo, se hacen verdaderos cómplices. Ya lo sabeis, vuestros votos serán secretos, pero los sentimientos de vuestro corazon no se ocultan á las dixipinidades. Por lo que á mi respecta, me parece que con una sola sentencia vais á fallar en este dia, acerca de la multitud de crímenes que abruma á Leócrates: crimen de traicion, pues huyendo abandonó la ciudad á los enemigos; crimen de lesa-magestad hacia el pueblo, pues se ha negado á combatir en defensa de la libertad; crimen de impiedad, pues en cuanto de él ha dependido, ha permitido que sean devastados los campos sagrados, saqueados y arruinados los templos; crimen de ultraje hecho á sus parientes y mayores, pues que no impidió que sus sepulcros fuesen destruidos, y sus cenizas privadas de los honores que les eran debidos; crimen de desercion, pues no se presentó á los generales, que le habrían designado el puesto que le correspondia. Despues de esto, ¿quién habrá de vosotros que se atreva á absolverlo? ¿Podriais perdonar tantos crímenes comprendidos en uno solo? ¿Podriais hallaros tan faltos de razon, que salvando á un cobarde, abandonaseis vuestra propia salud á esos hombres siempre enemigos del interés publico, esponiéndolos por una confesion funesta á que despiadadamente os destruyesen vuestros enemigos, é incurriendo en la vengauza de los dioses sin otro objeto que favorecer á uno que ha hecho traicion á su patria?»

En cuanto á mi, siempre he defendido esta patria, siempre he defendido su religion y sus leyes, y en su nombre he perseguido al acusado con toda la rectitud de que soy capaz, sin estraviarme á otras acciones del acusado, y sin decir nada que sea extraño á su causa. A vosotros toca, atenienses, persuadiros que pronunciar una sentencia favorable á Leócrates, y hacerle merced de la vida, es pronunciar una sentencia contra la misma patria, contra los hombres y hasta contra los niños que comprende.

«Dos urnas aparecen colocadas en el tribunal, la una para la condenacion del traidor, la otra para su absolucion; y segun que arrojéis vuestros votos en una ó en otra, decidireis de la ruina de Atenas ó de su seguridad y dicha. Absolviendo á Leócrates, enseñais á los ciudadanos á que huyendo cobardemente entreguen al enemigo la ciudad y todas sus fuerzas, los objetos sagrados y civiles: condenándole á muerte, estimulareis á los demas á que defiendan la patria, su riqueza y su prosperidad. Creed que nuestro mismo suelo, que los árboles, puertos y arsenales, que los muros de la ciudad, que los templos y altares, os invitan y ruegan que cuideis de su defensa y hagais un egemplar memorable en la cabeza de Leócrates. Recordad todos los artículos de la acusacion, y tened presente que ni la compasion, ni las lágrimas deben prevalecer en nuestro animo, cuando se trata de la conservacion de nuestras leyes y de la república.»

(1) La traducción de estos versos, es de nuestro amigo el señor D. Pedro Madrazo, y hasta ahora no se ha publicado en ninguna parte.

ESTUDIOS DE VIAGES.



CARTUJA DE ESCALA-DEI.

LA CARTUJA DE ESCALA-DEI.

La primera fundación en España y décima octava casa, como dicen los de la orden de los cartujos, fué en la falda del Mont-San ó Monte Santo, á seis leguas de Tarragona, bajo el título de Scala-Dei, con motivo de la revelación dada por un pastor á dos caballeros, que en 1163 buscaban un sitio para aquel objeto, de haber visto una escala por la cual subían y bajaban unos hermosos niños, cuya escala estaba apoyada sobre un pino encima de cuyas raíces fueron echados los cimientos del Sacratio.

Se han cumplido siete siglos desde la muerte de Raimundo Dióces, y la mano del tiempo empieza á destruir los asilos que en la edad media necesitaron los hombres para retirarse de la tempestad de las pasiones, y mantuvo con mano pródiga la creencia de nuestros mayores. Las cuevas de los primeros cenobitas, transformadas después en ermitas, y mas tarde en maravillas mundanas, han sufrido á su vez el poder de las revoluciones, y los altares que alzaron los pueblos han sido reducidos á ceniza por otros pueblos; el fanatismo político ha venido tras el fanatismo religioso, y los hombres incensaron entonces idolos para que á su tiempo no les

faltasen víctimas. El materialismo evangélico va tocando á su término; el arte va á perecer; nuestro siglo del vapor no creará otro Partenon y está próxima la última caída del Vaticano. Los escépticos del día creen leer en la destrucción del arte la agonía del catolicismo, y aun que no somos de los que perciben síntomas de muerte en la iglesia de Roma, conocemos demasiado lo que puede esa fuerza moral del progreso, en el curso de lo que se llama civilización, cuyos rudimentos enseñaron los discípulos de Loyola, cuyas consecuencias veremos muy pronto, comprendemos que no perecerá el principio pero sabemos que no vivirá el arte; los sagrados geroglíficos de San Pedro y San Pablo darán lugar á la utopía escrita, y sobre los restos de las metropolitanas y patriarcales, serán colocadas las máquinas que inventó Juan Guttemberg. La magnífica existencia del cristianismo, cuya infancia mecida entre milagros arrulló el cántico de los mártires, cuya juventud escribieron con letras de oro San Agustín y Orígenes; cuya edad viril conculcó á la humanidad con su pie férreo desde las márgenes del Jordán á las orillas del Garona hasta las sabanas de un nuevo mundo, ha envejecido ya; la era de las grandes pruebas hallegado para los católicos y la mano del anatema ha cedido ante la espada de un soldado y la diplomacia disidente. No vemos un

transito como el que se verificó durante el reinado de Tiberio, vemos, si, la decadencia, la casi total ruina del arte, de esa magica imaginación que bajo el poder de las inspiraciones, teocráticas, ideó desde las pirámides de Egipto hasta San Lorenzo del Escorial.

La Cartuja de Scala-Dei, ya no existe.

Preocupada nuestra mente con estas meditaciones, y lleno el corazón de tristeza, nos dirigimos varios años una mañana de setiembre último por el camino de la Cartuja con el pensamiento y consuelo de salvar del olvido las reliquias de aquel monasterio, una de las más acabadas fundaciones de los sucesores de San Bruno. Era aquel día una mañana de otoño. — Todos sabemos lo que es una mañana; en primavera la estación nos ofrece sus primeras hojas bajo un cielo puro y suave, el sol de mayo esparce la alegría con su inmensa luz y nacen las flores; en el verano podemos disfrutar de los gozos campesinos debajo el follaje que no puede defender sus frutos de nuestras manos codiciosas; pero la primavera con todos sus encantos nunca ha impresionado mis sentidos con las emociones del otoño; una hoja que nace y verdece no produce las ilusiones que nos causa la hoja que se marchita y cae; las brisas de abril no son tan dulces como las de los últimos días de setiembre, y la rosa de junio no tiene el aroma de la rosa de octubre, ¿de qué puede provenir esa diversidad de afectos? ¿es porque tiene mas atractivo lo que vamos a perder o porque en la agonía de las hojas y de las flores hay una simpatía mas íntima que no en la de su nacimiento; por la misma razón que hay mas poesía en la muerte que en la vida? Las ruinas del monasterio están situadas a lo largo de un valle estrecho cuya vertiente es de Norte a Mediodía; no se pueden divisar hasta que la vista cae casi perpendicular sobre los restos de las cúpulas y chapiteles, y derramamos lágrimas al dirigir nuestras primeras miradas hacia el fondo de aquel valle lleno hoy día de arcos derruidos, de paredes desmoronadas y de árboles secos o cortados. Sobre los escombros de la Cartuja se van alzando mezquinas casitas, porque la especulación reemplaza a la penitencia, y hemos oído decir que se trata de arreglar dentro del recinto, que pronto quedará limpio de los escombros, un criadero de caballos y mulos. Transformación deplorable de los altares en pesebres!

Después de haber aguardado por espacio de mas de una hora, vino un criado del nuevo señor con la llave y entramos por el atrio exterior, única puerta entre dos hienzos de muralla de seiscientos pasos de largo sobre doscientos de fondo.

En el atrio o parque exterior estaba a la derecha entrando la casa de huéspedes, de cuyo edificio solo se conserva la capilla, aunque enteramente desmantelada como es natural, que nos sirvió para colocar a las caballerías.

Otro segundo atrio sigue hasta la fachada del convento, sobre cuya puerta hay una estatua colosal de piedra que se conserva todavía intacta. Debajo los arcos que median los atrios, estaba la oficina de farmacia con sus grandes maquinarias para la cera, sus estanques y un huerto botánico, todo bajo un pie grandioso, en donde florecieron distinguidos naturalistas, en particular el último encargado, fray Salvador, cuyos herbolarios hemos visto, aunque casi todas sus colecciones se han perdido.

A la derecha se ven montones de escombros que corresponden a lo que fué el segundo claustro, fundado por don Juan de Aragón, hijo del rey don Jaime, y arzobispo de Toledo y de Tarragona, concluido el 27 de agosto de 1333.

La vista que hemos copiado, está tomada del ángulo derecho de este claustro por todo lo largo hasta lo último del corredor, que atraviesa los tres claustros.

Después de la primera puerta a la derecha, está la fachada de la iglesia, de formación moderna y de poco mérito. Es de piedra semi-jaspe sin orden ni adornos. En lo interior del templo ya no existe el coro que estaba en el piso, y era de roble aunque sencillo; un solo altar había sobrepuesto, y detrás el magnífico Sacrario, que era estimado como una de las maravillas del arte. Estaba situado en un peristilo de cortas dimensiones, cuyo suelo cubrían losas de jaspe negro y pardo de mayor lustre que el que cubria lo restante de la iglesia. El primer cuerpo del Sacrario constaba de un zócalo de mármol negro, sobre el cual, y en derredor de las seis caras que formaban, había incrustadas las eligies de los primeros patriarcas, de mármol blanco, de las cuales la que representaba al profeta Isaías, era de gran mérito, por el libro que tenía con sus letras hebreas cinceladas en proporción diminuta. A las cuatro esquinas estaban colocadas cuatro estatuas, también de mármol blanco, y de proporciones naturales que eran de los cuatro evangelistas; estas, y otras dos que había una a cada lado, de dos ángeles con una hacha en la mano, eran a mas de sus dimensiones obras perfectas. El segundo cuerpo se formaba de un pedestal del mismo mármol negro con seis columnas, y entre ellas seis puertas todas de plata. El chapitel, también de mármol negro, contenía el apostolado en mármol blanco, y en su cúspide la estatua de la Fé de grandes dimensiones, con la venda en los ojos y la cruz en la derecha. Esta magnífica estatua también era de mármol blanco. Circuía el segundo cuerpo una barandilla de jaspe pardo, cuyos pasamanos y relieves eran de jaspe negro. Las paredes del local eran de mármol negro hasta cierta altura, y después cubiertas de madera sobre dorada, especialmente la cornisa, en la cual había un sin número de quernbes y serafines con sus instrumentos en las manos. El Sacrario parecía destinado tan solo para la solemnidad del Corpus, pues aquel día, quitado el altar mayor, se presentaba con toda su magnificencia el Sacrario abiertas sus puertas y en su interior el tesoro de oro y pedrerías, simbolo del gran misterio. Las riquezas han desaparecido en la última revolución de 1833, los relieves han sido mutilados minuciosamente, y el local está lleno de pozos abiertos por la codicia ansiosa de tesoros imaginarios.

La iglesia era conventual, y no había capilla alguna en ella, según costumbre de los cartujos, de suerte que después del oficio cada sacerdote se dirigía a su capilla particular, que en número suficiente estaban situadas a la izquierda; de modo que a la vez pudiesen celebrar todos los monjes sin estorbarse unos a otros.

En la cúpula interior había cuadros del cartujo don Luis Pascual, que en el día han recogido, sin duda para lucrar, algunos inteligentes. El que había encima del arco era la aparición de Jesús en Emaús; el de la derecha, el milagro de los Panes en el desierto; el del fondo, la Samaritana; y el de la izquierda, la parábola del festín de los electos.

Dos sacristías tenían los monjes, una a la derecha del Sacrario y otra a la izquierda. En la de la derecha estaba el archivo y varios cuadros de don Luis y de otro pintor de Cornudella, llamado Suncosa, cuya fama no ha preconizado la voz pública. En la de la izquierda el altar representaba la Pasión de Cristo, y guardaban los monjes encerrado en cristales, una imagen del Señor en la agonía, mutilado el lienzo, cuya pintura, obra de Rafael de Urbino, fué dada a los cartujos por un obispo de Lérida, quien lo había adquirido de uno de los que saquearon el Vaticano cuando entró en Roma el duque de Borbon con las tropas del emperador. Este cuadro fué escondido antes de la época fatal por un lego, y esto le libró quizás del fuego.

A entrambos lados había puertas que daban a varios

corredores; las de la izquierda prestaban paso a un claustro pequeño, cuyas paredes estaban pintadas al fresco con varios pasos históricos de la orden. Llamábase aquel claustro *Recordationis*, porque antes de proceder al entierro de algún fraile, el prelado pronunciaba una oración fúnebre a la comunidad reunida. Allí también se acostumbraba a prestar obediencia al nuevo prior. El claustro daba salida a un corredor, en el cual había varias capillas de las que la llamada del Sepulcro, conservaba todavía un fresco copiado de la Descensión de la cruz del Ticiano. En el altar de dicha capilla había, o para hablar con propiedad, formaban el altar un Cristo en el sepulcro, y a sus lados las dos Marias, San Juan y los dos José, figuras de madera de gran mérito, en particular el San Juan. De todas ellas solo se ha salvado el Cristo algo mutilado, que está en la iglesia de la Morera. Otra capilla, según hemos oído decir, contenía un cuadro de la Cruz milagrosa, según la tradición, por haber hablado a un monje. Encima de las puertas de dichas dos capillas existían dos epitafios de los cuales solo se pueden leer las palabras siguientes.

En el de la derecha.
 Don Guillermus
 1228 o mors isto lapide
 leguntur ossa
 En el de la izquierda.
 Illustri petri ab aragonia
 d. d. francisci a Cardona
 lentissimi cardonensis Ducis
 hoc mausoleo.

También había en la capilla tres hermosísimos arcos, en los cuales se veían tres escudos de armas de dos prelados, y el otro de un tal May, canciller y embajador que fue del rey en Roma, según Zurita.

Entre otras piezas, a las que se entraba desde el claustro, podemos contar el salón del Capítulo y el Cenáculo.

En el primero existían cuatro hermosos cuadros de Suncosa. El primero, entrando por la derecha representaba a la comunidad en el coro, y sobre sus cabezas a los ángeles que ponían coronas de flores a los monjes y a un lado un hermano corriendo hacia los ángeles en busca de la guirnalda. El segundo era de un monje, rezando en su celda, al cual se le aparece una reina señalando el breviario y diciéndole «Erras». Los del otro lado eran el mas cercano, una iglesia con un pulpito y en el un monje con venera inquisitorial, predicando a los albigeenses, y entre los del pueblo uno mirando al predicador con un antejo, lo cual sin duda no creyó el pintor fuese un anacronismo; y el otro figuraba la cocina del convento y en ella un hermano limpiando una merluza y el cocinero de rodillas ante la pared abierta, y a lo lejos un monje, alzando en la misa. Encima de los cuatro grandes cuadros había ocho retratos de varios prelados y monjes, todos de cuerpo entero.

El Cenáculo tenía unos frescos sumamente curiosos que sentimos no poder copiar por estar borrados del todo. Las figuras de la derecha eran un ave fenix sobre la hoguera y debajo un monje muriendo con la inscripción siguiente: «mors vita»; la luna llena con el lema: «luminor et illumino»; una esfera armilar, un caballero armado de punta en blanco y debajo esta divisa: «Pro Deo pro grege»; los demás estaban cubiertos de escombros.

Hacia la derecha del grande atrio y de la iglesia, al lado del capítulo, estaba el claustro, fundado por don Juan de Aragón, que lo formaban doce celdas; a la dere-

cha el corredor se prolonga hasta el claustro superior, fundado por el rey don Alonso en 1167, que constaba de otras doce celdas, cuyo intermedio lo formaba el cimiterio.

En medio de los dos claustros mayores había otro menor con seis celdas, obra de un particular de Lérida.

Las celdas, exceptuando la prioral que estaba enfrente de la iglesia, eran uniformes y se componían de una salita, un comedor, un desván y un huerto.

Prolijo sería enumerar una por una las preciosidades de aquel monasterio que ya no existen, de las cuales solo mencionaremos un retablo, que a no engañarnos estaba en el claustro largo, y era un grupo de gente, al que la Virgen y San José distribuían lotes. Los demás cuadros que se han perdido no creemos tuviesen nada notable.

Tenía el convento un número crecido de fuentes, a mas de las que había en las celdas, agua muy rica, que bajaba del monte por medio de una cañería que principiaba en la ermita del Obispo, un cuarto de legua mas arriba del monasterio.

Por lo largo del valle seguía una deliciosa alameda de cipreses, nogales, abedules y olmos, con bancos de piedra y varias cruces hasta lo último de la hondonada, en donde residían los dependientes de la Cartuja en un vasto edificio, lleno de los utensilios y objetos de la branza y oficios necesarios al aislamiento en que estaban los frailes.

El horizonte era un bosque espeso de pinos y las gargantas del monte como a propósito para poder dirigir al cielo las miradas por medio de un círculo estrecho del mundo.

La Cartuja de Scala-Der, sufrió la suerte de los demás conventos en las dos últimas guerras civiles, pero en 1822 el daño no fue tan considerable y se salvaron las joyas y preciosidades, para perderse en 1835.

Es imposible al recorrer aquellas ruinas, no recordar siete siglos de silencio que han pasado en su recinto, durante los cuales se han sucedido las generaciones, y allí sin interrupción y bajo el duro voto de la soledad y de la obediencia pasaban las largas horas tantos cada-veres vivientes; allí cuando las sombras de la noche velaban la quietud universal, se oía el lúgubre plañido de la campana llamando a la oración y luego los pasos de los solitarios seguidos de un imperceptible erugido de puertas y dando lugar a sus cánticos graves y solemnes. La sencillez mas pura reinaba entre los monjes y rayaba hasta en puerilidad en algunos, los entretenimientos que buscaban con tan limitados recursos. Ha sido célebre en toda la comarca un monje que acostumbró a los pájaros a que fuesen a su celda mientras comía, a recoger las migas que caían en el suelo, y también hemos oído decir de otro que criaba nidos de ratones en el cajón de la mesa.

Nos detendríamos en mas pormenores, pero creemos que apenas habrá lector que no esté enterado y sepa la diferencia que hubo realmente de los monjes del Cister, frailes de las ordenes menores, a los cartujos. Aborremos palabras y digamos no fueron anti-políticos los monasterios del desierto. ¿Hay alguno en el día que pueda decir no tendrá necesidad de buscar un asilo fuera de la sociedad? ¿Qué remedio le queda en la desesperación o en el fastidio de la vida?

Por la tarde del mismo día regresamos a nuestras casas con la tristeza siempre en el corazón por que hemos visto y hemos florado.

Cornudella 4 de octubre de 1816

S. F.

UNA VISITA A GASPARONI,

EL CÉLEBRE BANDIDO ITALIANO, EN 1848.

El día 4 de primeros de diciembre de 1848, salimos de Roma 10 días después de haber presenciado el movimiento revolucionario de los que, usurpando el nombre del pueblo romano, habían arrastrado por el fango la Tiara del venerable Pontífice a quien pocos meses antes acogían con aclamaciones en las calles, sembrando de flores su tránsito por ellas; el Pontífice que había impuesto la admiración a los pueblos, el respeto a los reyes; el Pontífice en fin, en cuya cabeza el pontificado había adquirido en menos de dos años la aureola más grande de popularidad, de prestigio, de autoridad y grandeza.

Con el corazón oprimido de dolor nos preparamos a abandonar aquella tierra, en donde el falso entusiasmo popular había paseado meses antes por sus calles en un continuado triunfo al Vicario de Jesucristo, para conducirle más tarde como a este a las amarguras del Gólgota. Deseábamos con ansia abandonar aquel país, teatro de tan lamentables escenas, y esperábamos con impaciencia la llegada del vapor Virgilio que debía trasladarnos a las hermosas playas de España; a esta patria querida cuya ausencia, aunque corta, es siempre larga para los que han tenido la dicha de nacer en ella. Aguardábamos en Civitta-Vechia, puerto que no tiene más que su ciudadela, obra del genio divino de Miguel Angel; playa sin poesia; pobres casas, construidas sin carácter; historia sin recuerdos; ni el menor vestigio de antiguo circo, de antiguos templos; ni monumento alguno. En cambio, encierra hoy Civitta-Vechia un famoso bandido, Gasparoni, quien así como los antiguos héroes latinos, ha llevado su fama por todas partes *Ad sidera notis*.

El bandido en ninguna parte ha sido tan común y tan célebre como en Italia; diríase que Roma, ciudad fundada en las orillas del Tiber por una tropa de bandidos, se había mostrado celosa de conservar los recuerdos de su origen presentando de tiempo en tiempo esta especie de héroes salvajes, allí altamente populares. Desde 1557 a 1819, es decir, durante el espacio de tres siglos, los robos se continuaban casi sin intermisión en las montañas que se extienden desde Aquila a Terracina, entre el Tiber y el Garigliano. La civilización en estas provincias cubiertas de bosques espesos, cortadas por valles profundos, y que de tiempo inmemorial sirvieron de refugio a los bandidos, permanece aun la misma que era hace siglos. Allí se atrincheraron Espartaco y sus esclavos; allí Marco Sciarra y su banda puso más de una vez en peligro a Roma, teniendo su cuartel general en aquellas asperas breñas.

Las costumbres de los habitantes de estas montañas son aun hoy lo que eran en 1550, y los mismos crímenes se repiten sin intermisión. La terrible plaga de los bandidos debe atribuirse al poco horror que inspira al pueblo el asesinato; a la mala interpretación de ciertas doctrinas religiosas; creyendo que al fin la absolución les abrirá la puerta de la salvación eterna, y también a la poca energía que ha manifestado el gobierno pontificio en otras épocas. El poco horror de la gente del pueblo por los asesinatos hace considerar a estos como hombres valientes y de corazón; como hombres a quienes el gobierno va a perseguir y que es preciso por lo mismo compadecer: *Poverino á amazzato un uomo*, dicen los trastiberinos con la mayor sencillez.

Esta aprobación dada al asesinato, esta compasión que se tiene por los asesinos, proviene de un pundonor mal entendido: cambiando la doctrina del pundonor, dan al duelo el carácter de guerra, no de individuo a individuo, sino de familia a familia; es una guerra que no debe terminarse sino con el exterminio de una de las dos razas; y para conseguirlo, y para dañarse mutuamente, ponen en juego todos los medios que están a sus alcances; así es que el veneno y el puñal fueron considerados en Italia desde muy antiguo como una cosa muy

natural. Esta doctrina, que no prevaleció en la edad media, sino en las altas clases de la sociedad italiana, se infiltró bien pronto en las últimas filas del pueblo; y este, a quien además su temperamento ardiente inclinaba a la venganza, se hizo imitador de los grandes señores, asesinando sin mas miramientos que ellos.

Los grandes señores con el tiempo, merced a la civilización, modificaron sus costumbres, empero el pueblo ha conservado sus feroces hábitos.

Se ha dicho que el asesinato era el duelo de los pobres: el hombre que en una disputa mata a su adversario, es casi arrastrado a este acto por una palabra, por un gesto, y hiere antes que su contrario tenga tiempo para ponerse en defensa, razón por la que es inesacata esta proposición; empero en Italia el pueblo toma siempre inevitablemente al asesino bajo su protección el asesinato hace considerar al que comete, uno, como un hombre interesante; dos, como un valiente; un tercero, como un héroe: las mugeres del pueblo, seducidas siempre por la fuerza y la energía, ensalzan al asesino, y lo miran como un ser extraordinario.

El resultado de estos asesinatos por cólera o por venganza, ha sido en todos tiempos turbas de bandidos; los que obligados a ocultarse, y a vivir como podían, se convertían por precisión en ladrones: el gobierno los ponía fuera de la ley, y la sociedad pregónaba sus cabezas; en cambio, ellos declaraban la guerra a la sociedad y a la ley. Se hacía grande honor a los bandidos, presentándolos como una especie de oposición permanente y anticipada al gobierno.

En un principio, y a consecuencia de las largas guerras de las repúblicas de Italia, algunos grandes se hicieron gefes realmente de bandidos, prefiriendo hacer una vida independiente y aventurera, que no era mas que una simulación de la vida de aquellos. La debilidad del poder, y la configuración del país favorecían maravillosamente sus proyectos; encontraban en el centro de los Apeninos fortalezas inespugnables.

En nuestros días las mismas localidades han dado asilo a nuevas bandas, empero los elementos que las componen ya no son los mismos; el heroísmo y las pasiones generosas han sido extrañas en estos últimos tiempos a la determinación de estos hombres que se han armado contra la sociedad.

Los gobiernos han empleado en diversas ocasiones el mayor vigor para reprimir estos excesos; llegóse en tiempo de la edad media hasta a rehusar la absolución en sus últimos momentos al bandido y al asesino de oficio; empero en los tiempos modernos este género de represión ha sido justamente rechazado como abominable y contrario al dogma santo de la religión, por que la absolución no puede negarse al culpable arrepentido. Rienzi, Sisto V. y los franceses en tiempo de Napoleón Bonaparte, emplearon para estirpar los bandidos los medios mas fuertes de rigor; empero no pudieron conseguirlo sino temporalmente. En fin, cuando de 1820 a 1827, se destruyeron las últimas bandas de estos terribles asesinos, fue necesario acudir a una capitulación.

Mandaba entonces estas bandas Antonio Gasparoni, cuya terrible y funesta celebridad hace eclipsar la de los Diez y nueve, la de los Fradivolos, la de Barboni, la de Maestrini, la de Pedro Mancino, aquel audaz bandido que en un solo día robó un millón en oro y pasó después a Dalmacia a vivir tranquilamente con la opulencia de un rey; la de Gobertino, sanguinario asesino, que mató con sus propias manos novecientas sesenta y cuatro personas y seis niños, y que al morir tuvo el impudente cinismo de sentir todavía no haber podido completar el número de mil; la de Oranzo Albena, que asesinó a toda su familia, su padre, su madre, sus dos hermanos, y una hermanita aun en la cuna; en fin, los Pontina, los Marino, los Frontecativa, los Perella, los

Coramponi, los Calabressi, los Nefaquinti, todos estos bandidos de las épocas recientes, cuyas fazañas han sido objeto de conversación para los pastores en las montañas, para los viajeros en las posadas; todos esos héroes de monte a quien los poetas del pueblo han cantado en groseros romances, y que no han contribuido poco a pervertir el ánimo de este.

Gasparoni era pues, una celebridad. Visitamos por consiguiente al delegado, y obtuvimos de su atenta bondad un permiso indispensable para ser admitidos en la fortaleza donde se halla encerrado este célebre bandido que diariamente recibe las visitas de los mas distinguidos viajeros que pasan a admirar las bellezas de la Italia.

A pesar del horror legítimo que nos inspiraba la naturaleza de aquel odioso ser, encerrado con toda su banda en el castillo, cedimos a la curiosidad que nos arrastra a ver todas las cosas célebres y monstruosas. No nos era tampoco indiferente con respecto al arte el ir a ver que tipo, que forma pintoresca presentaban estos héroes del camino real, que carácter de fisonomía tenía la existencia de estos bandidos, y que sello habían impreso en sus rostros los peligros diarios a que por tanto tiempo habían vivido espuestos, así como su larga reclusión.

Precedidos del *custode*, que hace abrir las puertas, entramos en un gran patio donde vegetan en medio de grandes pilas de balas cinco o seis cañones colocados sobre sus cureñas. En una galería lateral de este patio es donde están los terribles galeotes; una verja de hierro cierra el paso. Cuando se abrió esta verja y entramos en el corredor, y vimos los rostros de algunos de estos hombres, nos pareció que íbamos a entrar en una casa de fieras, de liebres, tigres, y chacales; sentimos una momentánea impresión de terror y repugnancia, empero esta impresión se disipó bien pronto.

Los bandidos de Gasparoni, encerrados todos con él en aquel sitio hace veinte y tres años, y en número de veinte y cuatro, por haber muerto uno de los veinte y cinco que componían el total de la banda, no correspondían en general a la idea que de ellos nos habíamos formado anticipadamente. ¿Era posible que algunos de aquellos hombres tuviesen una cara estúpida y aire de sencillez? ¿Era posible que aquel anciano de rostro benévolo y tranquilo, en cuyas facciones se veían mas bien rasgos de un honrado padre de familia, fuese el terrible Gasparoni?

Los bandidos habitaban en este estrecho corredor en línea recta, en diversos cuartitos parecidos enteramente a la línea de celdas de un claustro en un convento. Cada uno de ellos estaba a la puerta de su estancia, y parecía con su afectuosa sonrisa ofrecernos hospitalidad; pasamos rápidamente echando una mirada sobre estas viviendas, en cada una de las cuales hay solo una silla, un tablado, y un jergón.

A la estremidad de la galería estaba Gasparoni, de pie, en la puerta de su celda. El jefe de los bandidos nos invitó a que entrásemos; pero un sentimiento de horror a la vista de este hombre de una especie rara hizo que rehusásemos entrar, y permanecimos a la puerta de la caverna que nos ofrecía el viejo león.

Su caverna, pobre celdilla como todas las otras, no se diferenciaba en nada de las demás en cuanto a los muebles; empero nos llamó la atención que sobre unos toscos estantes había unos libros viejos. ¿Tiene vd. libros? le dijimos. — Si señores, en los primeros tiempos de mi prision tenía que matar el tiempo haciendo calceta como mis compañeros; pero este oficio me ha parecido demasiado vil. — Sabía vd. leer? — Si señores, aprendí en mi niñez, a eso he debido el no morir de fastidio en los veinte y tres años que he estado aquí encerrado. — Pero ahora parece que los permiten

a vds. dar algunos paseos por el jardín de la ciudadela, según nos ha dicho monseñor Ricci, de quien hemos sido muy amigos en Roma, que concedió a vds. esta gracia cuando era delegado de Civita-Vecchia hace tres años? Al nombre de Ricci tomó el semblante del bandido una expresión marcada de alegría, y tendiéndonos su mano, quiso tomar la nuestra, que retiramos involuntariamente instintivamente, por un movimiento de terror. — Conocen vds. a monseñor Ricci? ¡Ah! me harían vds. el mayor favor dándole las gracias; porque todos los dias nosotros al respirar el aire libre, al ver la mar y la ciudad, bendecimos su nombre; antes de que él hubiera venido, habían pasado veinte años sin salir nunca de este estrecho cuarto: no podéis figuraros, *excellencias*, cuanto placer sentimos todos al ver los amigos de monseñor Ricci.

Le preguntamos si esperaba salir algún dia de aquel encierro, y entonces subieron sus lamentaciones de todo punto, quejándose amargamente de haber sido engañado por el gobierno pontifical de Leon XII, a quien se había sometido con toda su banda por una capitulación. Dijonos que en vano había reclamado a aquel pontífice, a su sucesor Pío VIII, a Gregorio XVI y a Pío IX, de quien hasta los criminales tenían la mas alta idea de su justicia. Hicimosle presente cuan espuesto sería dar libertad a la vez a tantos hombres acostumbrados a una vida errante y de vagancia, y extraños a todos, los hábitos del trabajo, así como el temor que podía aquejar a los gobiernos de que volviesen a turbar con sus depredaciones el estado pontificio; siendo esto tanto mas creíble cuanto que despues de su captura no había vuelto a aparecer en las rocas de los Apeninos una banda formal de bandidos, pudiéndose decir con fundamento que había sido él quien había terminado ese tipo característico de aquellas montañas, eclipsando la celebridad de los malhechores que le habían precedido en su carrera. Protestonos que no volvería jamás a la vida peligrosa y aventurera; *a salir a campaña*, tal era la noble frase con que él designaba su antigua profesión. Manifestaba gran confianza en que si los hombres no le habían perdonado aun, Dios tendría siempre misericordia de él; y nos añadió, poco mas ó menos, las siguientes palabras: «Yo me he acordado, siempre de él; de mi patron San Antonio y de la divina Madonna; cuando habitaba las montañas ayunaba el sábado, porque ese dia era consagrado a la Virgen, y siempre traíamos ofrendas a los altares de las ermitas y de los templos que encontramos en el camino.» Estas palabras, por si solas pintan bien el tipo del bandido italiano; robando por el dia, con el puñal y la carabina en los caminos, y rezando por la noche ante la Santa Virgen en las ermitas ó en las esquinas de las calles, en todas las cuales se ven retablos de la madre del Salvador. Esta inconcebible alianza del crimen y la devoción, que debe mirarse como una particularidad singular de las costumbres italianas, no es sorprendente si se considera su historia antigua.

Hablamos con Gasparoni de los diversos bandidos célebres que le habían precedido, y mas inmediatamente del famoso Barboni, el cual, entregándose como él por una capitulación al cardenal Hércules Gonzalvi, fue nombrado, por una estraña indulgencia de este ministro, conserje del castillo de Sant'Angelo. Gasparoni habló de él con el mas profundo desprecio, por que su antecesor en el imperio de las montañas, habiendo sido un bandido que al robo y al asesinato, había añadido el poco respeto a las mugeres, Barboni había ultrajado siempre a la debilidad, y ofendido constantemente el pudor, mientras que Gasparoni, que no daba grande importancia a los robos y asesinatos de aquel, había respetado y honrado siempre, como él decía, al sexo débil; había algo de caballeresco en sus expresiones; parecían no

esta, oyendo a un bandido, sino a uno de los héroes de la Italia redonda.

Gasparoni tiene cincuenta y cuatro años de edad, entró en Civita-Vecchia de treinta y uno, y estuvo en campaña, como él dice, diez años, habiendo empezado su carrera a los veinte y uno.

Nos habló largamente de sus hazañas, manifestándonos que dirigiendo siempre sus operaciones contra los ricos y poderosos, dividiendo las mas veces el fruto de sus robos con las clases pobres y menesterosas de los pueblos, tenía la protección de estos, y escapaba siempre a la vigilancia de las tropas pontificias, que el gobierno destinaba incesantemente en su persecucion, habiendo gastado en esto casi todo el fruto de sus robos.

A los 16 años, cometió su primer crimen. Un día que se confesaba con el cura de su parroquia, rehusando el anciano sacerdote concederle la absolucion por sus culpas, el joven penitente quería obtenerla a toda costa; sus ideas religiosas mal dirigidas le hacian creer, como a la mayor parte de las gentes de la clase baja del pueblo, que la absolucion obtenida a cualquier costa borra la culpa; quiso, pues, volverse con una conciencia tranquila a su casa, y para obtener el perdón de sus culpas asesinó subitamente al cura en su mismo confesionario. Lamentabase con nosotros de que queriendo ser un hombre honrado, la obstinada negativa de su pastor le hubiese arrojado al monte para huir allí del castigo de su crimen.

Los carabineros persiguieron y rodearon la banda a que se habia agregado Gasparoni; este quiso señalar su llegada a la misma con un rasgo brillante de valor. Se halló pues, con la desesperacion de un leon; asesinó con un doble golpe de puñal a dos soldados que habian conseguido apresarle, y herido el mismo de un tiro se defendió todavía contra seis carabineros que le intimaban su rendicion; los seis carabineros cayeron cadáveres a su alrededor y desde este día data la gloria del bandido. El jefe de la banda habia percoído en este encuentro; sus compañeros por una voz unánime eligieron capitan a Gasparoni, porque entre las hordas de los salvajes y facinerosos el valor únicamente es el que eleva a los hombres.

Desde entonces siguió marchando rodeado de una especie de ejército; su banda en los diez años que la mandó llegó algunas veces a componerse de 400 hombres; y a la cabeza de estas terribles bandas, que unas veces dirigia reunidas, que otras subdividia en pelotones al mando de tenientes de su confianza, Gasparoni recorría todos los Estados pontificios, y toda la costa de Nápoles desde Santa Agata a Fondi, desde Fondi a Esposito; cometiendo mas robos, asesinatos y depredaciones que héroe alguno de su especie cometió jamás.

Su nombre llegó a inspirar terror por todas partes: los viajeros se detenian algunas veces meses enteros en las aldeas sin atreverse a continuar su camino, y las aldeas mismas no estaban tampoco en seguridad, porque todos los dias tenían que temer la invasion de las bandas; a la vista de una hoguera ardiendo sobre una montaña, al aspecto de un hombre armado con una carabina, las campanas daban la señal de alarma, y al amanecer todos se retiraban a su aldea temerosos de caer en manos de los bandidos. Cada casa era una fortaleza dispuesta a la defensa, y los habitantes dormian prevenidos para evitar una sorpresa.

En vano las potencias italianas habian puesto a precio la cabeza del bandido; en vano su retrato se habia esparcido por todos los pueblos, y fijado en las esquinas; en vano el Papa habia enviado regimientos enteros de dragones contra esta devastadora tropa; todas las medidas se estrellaban en la audacia, en la fortuna, y en la cooperacion que a fuerza de oro compraba a los pueblos Gasparoni. Este y su tropa vivian como seres

sobrenaturales; conocian todas las cavernas de la alta Italia; todos los desfiladeros de los Apeninos; todas las rocas de los Abruzos, y todos los dias cambiaban de morada: hoy en los campos de Poperno, mañana en las colinas de Frosinone, tan pronto en Monte Fiascone como en Aquila; los buscaban en la cumbre de las montañas, pues se instalaban tranquilamente en alguna caverna desconocida de los dragones; forzaban la puerta de una gruta sospechosa, pues se les veia al instante subir con paso agíl las últimas crestas de los montes, y desaparecer como aves de rapiña. Se les hubiera tenido por verdaderos demonios, si no se hubiera sabido su devocion a San Antonio, y su respeto a la Virgen, cuyas fiestas observaban con la mayor puntualidad.

Esta impotencia de la vindicta pública era tanto mas de sentir, cuanto que de día en día las bandas se aumentaban con nuevos reclutas; los galeotes escapados de presidio, los pastores de las montañas, seducidos por el prestigio y el temor que acompañaban a Gasparoni, aumentaban sus tropas diariamente, y los crímenes de los bandidos tomaban un carácter cada vez mas atroz; el ejercicio diario estimulaba su imaginacion, y les inspiraba sin cesar nuevos medios de vencer a la sociedad armada contra ellos; así es que rivalizaban en invenciones homicidas; siendo por espacio de diez años el objeto de la conversacion en las cabañas y en las posadas, durante las largas noches del invierno.

Muchos fueron los robos cometidos en tan largo tiempo por esta banda devastadora. En las lagunas Pontinas detiene un coche de viajeros Gasparoni; allí van un padre y una hija; se apodera de esta, protestando respetar su pudor, pero declara al mismo tiempo que no la volverá, sino cuando su padre le haya hecho contar una suma de seis mil duros o escudos; y exige que esta suma le sea llevada en el día; y al punto que indica, llega el día; el infeliz padre no puede encontrar la exorbitante cantidad que le han pedido por el rescate de su hija; recibe un saco de parte de Gasparoni, lo abre con terror, y la cabeza de su hija cae a sus pies.

Otra vez sorprende Gasparoni en la montaña a tres jóvenes que viajan reunidos; se apodera de ellos, y les declara que no volverán a ver a sus padres, si no envían para rescatar sus cabezas diez mil escudos; los infelices jóvenes escriben a sus familias, y el bandido, a fin de hacer mas urgente la instancia, les añade por vía de postdata la oreja izquierda del que escribe.

En otra ocasion detiene cinco berlinas que viajan en un convoy; se apodera de una congregacion de monjes; los entretiene en el monte con su terror; y uno de su banda, subido sobre un árbol, les predica una homilia sarcástica sobre la vanidad de las cosas de la vida; y sobre la alegría de la muerte.

Otra vez entran en un convento de religiosas del monte Corrado, y pasan allí dos dias comiendo y bebiendo, y haciéndose servir como de criadas por las vírgenes del Señor.

En diez años que estuvo esta banda en campaña, se cometieron un número infinito de depredaciones, y Gasparoni agotó cuantos hechos pudieran escitar en el sucesivo la atencion pública por los bandidos.

Tantos hechos atroces tuvieron un término; Gasparoni se cansó el mismo de su vida peligrosa y aventurera; el ardor de su primera edad se habia amortiguado, y entró en una capitulacion que firmó por si a nombre de toda la banda, compuesta en aquel entonces únicamente de veinte y cuatro criminales. Presentáronse en las puertas de Roma; el gobernador, que era un español, Marco-Catalan, los hizo conducir al castillo de Sant-Angelo, y desde allí trasladarlos a Civita-Vecchia, donde viven pacíficamente y retirados del mundo, habiendo obtenido por respeto a la capitulacion la conservacion de sus vidas.

Varias veces oyendo hablar á Gasparoni, nos hemos estremecido de terror; algunas hemos creído que el bandido trataba de divertirse á espensas de nuestra credulidad, refiriéndonos hechos á cual mas atroces, y nos acordábamos del cuento de aquel andalúz que, tratando de asustar á su confesor para ver qué penitencia le imponía por su confesion, le refirió un cumulo inmenso de atrocidades, que escuchó pacíficamente el buen religioso, imponiéndole despues por toda penitencia que rezase un Ave Maria, á lo que admirado el falso penitente, le preguntó como daba tan poca penitencia para tantos crímenes, y el buen religioso le contestó sonriéndose que era bastante un Ave Maria por una mentirilla.

Desgraciadamente para la humanidad, Gasparoni no habia mentido: nosotros teniamos noticia de muchas de sus hazañas, los carceleros nos confirmaron otras, y una porcion de poetas del pueblo han celebrado sus hechos en groseros romances, ni mas ni menos que lo han hecho en nuestro pais con los de Diego Corrientes, el guapo Francisco Esteban y Jose Maria, el último de los

cuales tenia el punto de contacto con Gasparoni de que terminó tambien su carrera de bandido por una capitulacion celebrada con el gobierno de Fernando VII hacia los años de 1827.

Gasparoni es el unico objeto de curiosidad que hay en Civitta-Vechia. Ha recibido las visitas de los mas ilustres viajeros; y respira cierto aire de vanidad al verse objeto de la curiosidad general: es mucho que el custode de la ciudadela no ha tenido la idea de hacer firmar á cuantos visitan su prisionero en un libro ó registro, como se verifica en casi todas las galerias de Roma, en las villas ó casas de campo, y en otros monumentos publicos. El vapor Virgilio llegó á Civitta-Vechia el 5, y nos embarcamos en él. Llegamos á las playas de Francia, y desde ellas hemos vuelto á nuestro pais, proponiéndonos entretener á nuestros amables lectores del Museo con algunas de las cosas que hemos tenido ocasion de observar en nuestro reciente viage.

EL CONDE DE FABRAQUER

DE COMO LOS MUERTOS SALEN ALGUNAS VECES DE LA TUMBA.

TRADICION DE AMBERES.

CAPITULO I.

A fines del siglo XVII se veian, en la calle Alta, en Amberes, dos tiendas muy cercanas la una á la otra, donde el reflejo de la clara luz del dia que en ellas penetraba hacia brillar las coladuras de tapiceria, el oro, la plata, las flores y los elegantes arabescos que se presentaban á la vista del público. Estas tiendas pertenecian á dos fabricantes de cuero dorado, los que despues de haber asociado mutuamente sus esfuerzos por espacio de algun tiempo, hacia ya cerca de un año que trabajaban separados en este ramo de industria; pero desgraciadamente esta separacion, lejos de haberse verificado de una manera amistosa, rompió, por decirlo así, los vínculos de sangre que los unian. Maese Gerardo Van Spiel (este era el nombre de uno de ellos) miraba con sombrío pesar la prosperidad de que gozaba el comercio de su primo Martin Valck, al mismo tiempo que el suyo declinaba de dia en dia, y aun amenazaba destruirse de un todo. Gerardo tenia un carácter violento: el odio y la venganza eran para él un mismo sentimiento; y por último, despues de algun tiempo, se negó con arrogancia á saludar á su primo Martin, y si alguna vez se ocupaba de él en sus conversaciones, era únicamente para zaherirle y llenarle de vituperios.

Ocurrió que una mañana muy temprano, y los vecinos de la calle Alta, vieron con estraneza y asombro que el *schouteth* (1) entraba en la tienda de Martin Valck acompañado de una media docena de esbirros con sus alabardas. El temible oficial de justicia halló al honrado fabricante de cuero, almorzando con su muger y sus dos hijas, dos modelos de belleza, cuya repentina palidez demostró la sorpresa y el susto involuntario que las inspiraba la imprevista llegada de estos hombres: no fué menos el espanto de Martin, aun cuando su rostro no expresaba ni el mas leve temor: el hombre que no ha hecho daño á nadie, tiene su conciencia tranquila, y nada teme; esta era su máxima favorita.

—Semejante aparato militar, caballero, dijo sonriendo al *schouteth*, haria creer á cualquiera que en mi casa existe alguna persona culpable.

—Me atrevo á creer, maese Martin, que las indagaciones que nos vemos obligados á hacer, serán infructuosas para hallarle aquí.

Valck no comprendió estas vagas palabras del magistrado, quien respetando la reputacion tan bien establecida de probidad que siempre habia disfrutado Martin, procuraba hacer lo menos doloroso posible el cumplimiento de su penoso deber. Suplico con amabilidad á las mugeres que se retirasen, y despues que pasaron á otra habitacion temblorosas y agitadas por un horroroso presentimiento, rogó á Martin con estremada bondad se sentase, y que le respondiera tranquilamente.

—Seré yo tal vez el culpable á quien venis á buscar, caballero? preguntó Martin sin inmutarse.

—El cielo permita que no, contestó el *schouteth*, visiblemente conmovido.

Y al mismo tiempo sacó de su bolsillo varios papeles, entre los cuales separó uno que presentó á Martin, despues de haberle dado tres ó cuatro dobles con el intento de que no leyese nada de lo que el lesto conleñia, y si la firma de Martin Valck.

—Maese Martin, ¿conoceis esta letra? le preguntó.

El fabricante observó algun tiempo las fatales lineas; luego levantando la cabeza con dignidad, dijo:

—No sé las consecuencias de mi ingenua confesion; pero delante de Dios y de todos los santos, si mi vista no me engaña, esa letra que miro, es la mia.

—¿Y esta, respondió el magistrado enseñándole otro papel, la reconocéis tambien como vuestra?

—Ciertamente; creo que tambien la ha trazado mi mano.

—Maese Martin, me encuentro hoy precisado á dar cumplimiento á uno de los mas tristes deberes, Dios y los santos os favorezcan. En nombre de las leyes y monseñor nuestro duque, os mando que me sigais.

—¿Yo!... ¿yo seguired? exclamó el desgraciado Valck lanzando una mirada de espanto sobre el magistrado, sobre los papeles misteriosos y sobre los alabarderos, y como dudando si soñaba ó realmente estaba despierto.

—Yo seguired, ¿cuál es mi crimen, que contienen estos papeles, cómo han venido á vuestro poder? Mostrádmelos, os lo ruego, caballero, sepa al menos lo que

contienen. Mientras que Martin suplicaba de este modo, el

(1) Especie de magistrado ó juez.

magistrado tuvo precision de volver la cabeza para ocultar las lágrimas que inundaban sus ojos; pues á pesar de los testimonios de manifiesta culpabilidad que tenia en su mano, el digno *schouteth* no podía acostumbrarse á la idea de hallar un infame falsificador en un hombre hasta entonces, de una conducta irrepreensible, estimado y considerado por todos sus conciudadanos, y cuya muger é hijas eran miradas como el modelo de todas las virtudes reunidas.

No tuvo fuerzas ni aun para responder al desventurado padre de familia, é hizo una señal á los esbirros, que al punto cercaron al pobre Martin.

—Mi conciencia no me acusa de ninguna mala accion, dijo el fabricante. Marchemos, señores, marchemos, que el cielo en quien deposito toda mi confianza justificará mi inocencia.

Una multitud de vecinos le esperaba á la puerta de su casa; distintas emociones, pero todas ellas desgarradoras, llenaron su alma de consternacion; su semblante conservó sin embargo, al pasar por medio de la compacta muchedumbre que le observaba, con murmullo, aquella espresion de dignidad que es imposible aparezca en el criminal. Algunos instantes despues el infortunado habia pasado el umbral del sombrío *Steen* (1), cuyas pesadas puertas se cerraron, dándole desde entonces por residencia un lugar horroroso, donde todos los dias el tormento arrancaba gritos atroces al dolor.

CAPITULO II.

Durante los ocho dias posteriores á la prision de Martin Valek, se instruyó su proceso y siguió su curso con una precipitacion igual á la impaciencia que esperimentaban todas las personas honradas que deseaban ver aparecer la inocencia del virtuoso fabricante; pero por desgracia, la instruccion del procedimiento arrojó pruebas de culpabilidad de tal manera desfavorables á Martin, que desde el principio de este negocio fueron fáciles de preveer sus fatales consecuencias. Sus numerosos amigos quedaron estupefactos sin comprender las decisiones del tribunal; por evidente que apareciese el delito, confiaban en que el proceso no terminaria sin un accidente imprevisto que destruyera de todo punto la acusacion. En cuanto al pueblo, que no vé mas que lo que vé, ni oye mas que lo que oye, estrañó el delito en un principio; mas últimamente decia: «Es indudable que maese Martin ha cometido un crimen.»

Una noche un joven aprendiz llamaba á la puerta de uno de los médicos mas afamados de la ciudad de Amberes: la comision de que estaba encargado debia ser bien urgente, porque mientras que con la mano izquierda tiraba del cordón de la campanilla que parecia quererle arrancar, con la derecha daba violentos puñetazos á la puerta.

—¡Pronto, pronto! gritaba al médico que se apresuró á abrirle; ¡pronto, pronto! mi maestro está á punto de entregar su alma á Dios, y su muger me envía para que acudais á socorrerle al instante.

—Bien, bueno; ¿El nombre y la casa de vuestro maestro, hijo mio?

—Vaya una pregunta; por ventura, ¿no conocéis ya á maese Gerardo Van Spiel, que vive en la calle Alta?

—Gerardo Van Spiel! exclamó en voz baja el doctor; marchad, amigo mio, y decid á la señora Margarita, que dentro de un minuto estaré en su casa y al lado de su marido.

El médico volvió á entrar en su aposento, tomó el sombrero y el baston, y salió precipitadamente repitiendo mil veces al paso que caminaba: «Alabado sea Dios, alabado sea Dios.»

(1) Así se llamaba entonces á la cárcel de la ciudad.

Algunos instantes despues llegó á casa de maese Van Spiel, á quien encontró atacado de una fiebre ardiente, de tal manera intensa y grave, que le habia privado enteramente del uso de la razon.

Hacia mucho tiempo que el doctor conocia á los dos primos, á quienes profesaba la mas estrecha amistad, particularmente á Martin Valek, y á pesar del rumor que se habia propagado contra su reputacion, siempre persistia en considerarle como víctima de una infame tracion diestramente oculta. Si dió gracias al cielo por el incidente que le habia conducido al lado de Van Spiel, era por que conocia á fondo el carácter envidioso y vindicativo de este último; le creia capaz de todo en un acceso de violencia, en un deseo de venganza; pero es preciso decir, no obstante, que el honrado discípulo de Hipócrates, temiendo hacerse culpable en un juicio temerario, rechazó lejos de sí, toda sospecha injuriosa hacia maese Gerardo; pero en el momento de hallarse frente á frente con él, se presentó en su ánimo con mas fuerza esta sospecha, y creyó encontrar en ella una celeste inspiracion.

Luego que administró al enfermo los primeros cuidados que reclamaba su situacion, mandó salir á todo el mundo del cuarto y permaneció largo tiempo solo á la cabecera del paciente. En vano dirigió de vez en cuando varias preguntas á Gerardo; este parecia no comprenderle; su espíritu se hallaba conmovido por una violenta agitacion; murmuraba, pero sin separar los dientes, algunas palabras confusas, que el doctor no podia descifrar. Despues de una hora de expectativa, el médico se inclinó hacia el lecho, y aproximando su boca al oído de Gerardo, pronunció lentamente y con voz debilitada el nombre de Martin Valek.... Este nombre produjo en Van Spiel un efecto eléctrico, y se sentó.

—¡Martin Valek! ¡Martin Valek! exclamó enfurecido. ¿Quién se atreve á hablarme de mi primo? Callate muger, no quiero que se me hable de él. ¡Voto al diablo! No quiero, ¿lo entiendes, Margarita?

Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, se estraviaban sus miradas, balbuceaba su boca, y sus manos se crispaban con rabia. Algunos instantes permaneció en esta actitud espantosa; despues le faltaron las fuerzas, cerró los ojos, separó sus manos y se dejó caer en la cama diciendo con voz ahogada.

—¿Qué importa....? Los muertos no salen de la tumba.

—Dios lo permite algunas veces, maese Gerardo, dijo el doctor inclinándose otra vez hacia el enfermo.

Este dió un salto y volvió á caer, se apoderó de él una convulsion nerviosa, un sudor frío le inundó de repente, no podia tener sus ojos abiertos, de su pecho salia un estertor ó ronquido, semejante al de un hombre que se estrangula; hacia violentos esfuerzos para levantarse, mientras que una mano invisible parecia posarse sobre su cuerpo. Los sufrimientos de Gerardo en este momento terrible, podian dar la idea de los de un alma condenada: en vano el doctor procuró otra vez por diferentes medios hacerle hablar; no pudo arrancarle ni una sola palabra.

CAPITULO III.

A la mañana siguiente, el desgraciado Martin declarado culpable de falsificacion de escritura fué ejecutado en la plaza. Marchaba al suplicio acompañado de su amigo el doctor, quien le repetia de vez en cuando:

—¡Valor, mi amigo Martin; Dios no nos abandona jamás!..

Puesto sobre el patibulo el sentenciado, conservando toda la calma de un alma tranquila, dijo á la multitud que llenaba la plaza:

—Amigos míos, y vosotros todos, ciudadanos de Amé-
beres; muerto inocente de la acción criminal que se me
imputa: debéis creerme, pues sabéis que siempre he
sido muy buen cristiano para atreverme a mentir en el
instante que voy a comparecer delante del tribunal de
Dios. Cúmplase su santísima voluntad! Rogad por mi
alma...

En esta ocasión, el pueblo hubiese deseado contem-
plar el desenlace de este lugubre drama, viendo rom-
perse la cuerda del sentenciado, accidente que segun
la costumbre de la época perdonaba la vida al reo. La
multitud rogaba, lloraba y gemía pero el desventurado
Valek fué ahogado.

Pocos instantes después de la ejecución, bajaron del
suplicio el cadáver de Martín, pero en vez de traspor-
tarle al *Campo del patíbulo*, donde ordinariamente se
suspendían los cuerpos de los ejecutados, para que sir-
viese de pasto a los cuervos y de lección y moral a los
buenos ciudadanos, se le dieron al doctor, que obtuvo
de los magistrados el favor especial de que le concedie-
ran a su amigo los honores de la sepultura, y aquella
misma noche, un féretro seguido de un escaso número
de amigos de Martín, caminaba hacia el convento de pa-
dres Recoletos, siendo poco después sepultado en un
rincon de su cementerio.

CAPITULO IV.

Es verdad que la fiebre y el delirio no mortificaban
ya a Gerardo Spiel; pero también es cierto que llegó a
estar tan sombrío y taciturno, sus ademanes fueron tan
bruscos, y sus palabras tan llenas de acrimonia y tan
incoherentes, que a su pobre Margarita le costaba tra-
bajo creer ó persuadirse de que su esposo hubiese re-
cobrado completamente la razón. Buscaba continua-
mente el aislamiento, y parecía querer separarse de sí
propio lo mismo que se separaba de los demás; veíasele
horas enteras, sentado, guardando el mayor silencio y
pasando incesantemente su mano por su frente pálida y
abatida. Margarita pensaba que el fin trágico y siniestro
de su primo, era el que todavía le causaba este do-
lor insufrible que se obstinaba acaso en encerrar en sí
mismo.

Una noche que Gerardo se encontraba solo con ella,
que estaba mas apesadumbrado que de costumbre, se
levantó repentinamente, y poniéndose en frente de Mar-
garita:

—Margarita, exclamó, hace ocho días, esto es cuando
estaba con la fiebre, que me dijiste que los muertos
podían salir de su tumba; ¿qué me quisiste dar a enten-
der con esas palabras?

—¡Virgen santa! respondió la pobre esposa temblan-
do, jamás han espresado mis labios semejantes frases.
Sin duda, mi querido Gerardo, creíste escucharlas en
tu delirio.

—¿Estás cierta que no me las has dicho?

—Te lo juro por la Corte celestial.

Maese Gerardo se volvió a sentar y se tranquilizó
un poco; pero un instante después:

—Margarita, exclamó: ¿me dejaste un momento solo
aquella noche?

—Por espacio de una media hora; lo exigió el doctor,
él lo quiso.

—¿Y por qué le obedeciste? interrumpió Gerardo en-
colerizado. ¿Doctor del diablo! continuó paseando por
la estancia con los brazos cruzados, ¿por qué me habra
dicho eso? Quiero saberlo; yo no temo a los muertos,
¿qué me importa que salgan del centro de la tierra?

A pesar del tono de indiferencia que afectaba Ge-
rardo, no era difícil adivinar que en su interior sentía
alguna cosa extraordinaria.

—Pero mi querido Gerardo, dijo su muger siguiendo

con la vista los movimientos casi convulsivos de su ma-
rido; sin duda que en tu delirio...

—¡Callate, callate Margarita! he delirado, es verdad;
pero esas palabras no son un vano error de mi mente;
las he oído resonar en mis oídos tan claras como las
que en este momento salen de mi boca; te digo que se
han pronunciado con claridad; pero yo buscaré medios
de que el doctor se explique.

—¡Virgen Santísima! dijo con dulzura la pobre Mar-
garita ocultando su cara con ambas manos y llorando
amargamente.

Gerardo se sentó otra vez, y durante algunos mo-
mentos guardó aquel siniestro silencio que precede al
suicidio; después como sacudiendo una pesadilla, murmu-
ró: «¿Y si no es verdad que el doctor ha pronunciado
estas palabras?... Maldición!... ¿Entonces habrá sido una
voz del cielo?... Este pensamiento terrible le sacó del es-
tupor en que había estado sumergido; se levantó brus-
camente y salió de su casa como lanzado por un impul-
so irresistible. La expresión de su rostro, era de tal mo-
do espantosa, que su pobre muger no se determinó ni
aun a seguirle para preguntarle donde iba.

Dirigía los pasos hacia la casa del doctor.

CAPITULO V.

Cuando se halló en la presencia del honrado médico,
cuya penetrante mirada parecía leer los sentimientos de
su aparecido, Gerardo sintió un estremecimiento febril
que recorría todas sus venas. Presentaba el aspecto de
un culpable delante de su juez.

—Maese Gerardo, ¿os sentís bueno ahora?... ¿Qué pue-
do hacer en vuestro servicio?

—Gracias, doctor, respondió Gerardo con inmuta-
ción; sí... me siento bueno... la fiebre ha desaparecido...
estoy curado... ¿No es verdad? añadió sonriendo, pero
su sonrisa era afectada; ¿no es verdad, doctor?... ¿es sin-
gular un hombre delirando?... Aquella noche, me digis-
teis muchas cosas, doctor.

—Sí, pero sin duda, repuso este con indiferencia; vos
no habreis podido comprenderlas.

—Sí, sí, dijo Gerardo que se agitaba en la silla impa-
ciente por llegar al objeto que pretendía aclarar, y sin
acertar a entrar en él, temeroso de que le hiciera traí-
ción la turbación que se esforzaba en ocultar; he oído
muy bien lo que me habeis dicho, y si he venido a bus-
caros esta noche, ha sido con el fin de saber lo que ha-
beis querido significarme con ciertas palabras.

—Escucho maese Gerardo Van Spiel, escuchó, dijo el
médico lanzando una mirada penetrante sobre su inter-
colutor.

—Ved, doctor, que hay malas lenguas que se atreven
a atacar las reputaciones mejor establecidas; la niña
es invulnerable, vos lo sabeis.

—¿Y quien ha pensado en vituperar en lo mas leve
vuestra conducta, maese?

—Nadie se atrevería a ello, lo sé; pero en fin, doctor
¿por qué me habeis dicho que los muertos pueden salir
de su tumba?

—O maese Gerardo quiere reírse, ó la fiebre ha
vuelto a presentarse.

—No tengo ganas de broma, y me hallo bueno y sa-
no, dijo este con un tono en el que á un mismo tiempo
reinaban, la cólera y el temor. Estas palabras ¿las habeis
pronunciado, sí ó no?

—Ja, ja! maese Van Spiel, tenéis razon en lo que ha-
beis dicho hace poco, que es cosa muy singular un
hombre delirando.

Gerardo, tomando estas palabras, por una respos-
ta negativa dada á su última pregunta, llevó á su
frente la mano izquierda al paso que la otra se crispaba

convulsivamente sobre sus rodillas. «Era en efecto una voz del cielo!» dijo entre dientes.

Los dos interlocutores permanecieron silenciosos por espacio de algunos minutos, siendo Gerardo el primero que le rompió.

—Mi querido doctor, digo tomando una actitud tranquila en apariencia, ¿creéis que los muertos pueden dejar su sombría residencia? Ya comprenderéis que mi pregunta no es otra cosa que una niñería. Cuando se vive con honradez no hay nada que temer de los resucitados, suponiendo que pueda haberlos. ¿Creéis vos en los resucitados, doctor?

—Pues... ni digo que sí, ni digo que no, contestó el médico dando a su rostro una expresión que mas bien significaba la creencia que la duda... eso se ha visto en mas de una ocasión: se asegura que personas enterradas después de ocho días han vuelto a la vida. Dios es Todopoderoso. Pero como vos decís muy bien, nada tiene que temer quien vive honradamente y con su conciencia tranquila.

Durante este corto monólogo del doctor, la fisonomía de Gerardo se había descompuesto enteramente; encaramaba sus pies en los papeles de la silla, apretaba los brazos contra su cuerpo, y por último parecía un desgraciado a quien descarna con sus garfios un horrible instrumento de tortura.

—Ja, ja, ja... exclamó esforzándose por reír, mientras que un terrible pensamiento le abrasaba la cabeza. ¿También vos creéis en los resucitados?... Yo pensaba que erais menos supersticioso, doctor... Quimeras, cuentos de viejas, doctor.

—Yo no digo que sí, ni digo que no, repitió este; ver y creer, en tanto ruego al Todopoderoso, no permita que los muertos vengan a turbar mi sueño.

Gerardo salió de la casa del médico; atravesó las calles con una agitación horrorosa; marchaba muy de prisa y a cada instante volvía la cabeza, como si temiera que algún espectro le siguiera para detenerle. En tonces era una voz del cielo... Ver y creer... Esto se ha visto en mas de una ocasión... Dios es Todopoderoso, repelia mil veces. Cuando hubo entrado en su casa, temblando, faltó de aliento, y sudando a mares, se metió en la cama sin responder una palabra a Margarita y sin tomar ningún género de alimento. Pasó una de aquellas terribles noches, que solo puede comprender aquel a quien el sufrimiento ha blanqueado sus cabellos en pocas horas.

CAPITULO VI

No bien se había levantado al rayar el día, cuando su esposa le presentó una carta que le había entregado un desconocido en aquel momento. Gerardo la abrió maquinalmente; la letra era de su primo Valck, y cosa prodigiosa! parecía estar recientemente escrita, pues las letras estaban húmedas todavía; «ah! sin duda el diablo se mezcla en este negocio!» exclamó. Y sintió en la garganta una sequedad abrasadora; sus dientes castañearon, se doblaban sus piernas y sus ojos se cubrían con una espesa nube; dejóse caer de la cama como si hubiese sido atacado de una apoplejía fulminante.

Pasados algunos momentos, volvió en sí de su anterior espanto, y miró de nuevo el fatal billete: «El cielo me favorezca, dijo, conozco la letra de Martin. Como puede suceder esto?... ¡Ahorcado!... ¡Enterrado!... Si efectivamente habrá salido de su tumba? Veamos lo que me dice»

Y leyó lo que sigue.

Primo mio,

Ya sabes, quien de los dos es culpable del crimen, por el que me han ahorcado injustamente el 9 de este mes... No quiero tu perdición, sino reaparecer en me-

dio de mis conciudadanos y gozar, como en otro tiempo de su estimación y delshamistad; no quiero que mi pobre muger muera de pena, Dios que es justo y todo poderoso, primo mio, permite que algunas veces resuciten los muertos. Te entrego a tu conciencia; escucha su voz!

Tu primo, MARTIN VALCK, 28 de octubre de 1690.

Es imposible describir el efecto que produjeron en el ánimo de Gerardo estas líneas fatales: la sangre quedó paralizada en sus venas, y con los ojos clavados sobre la espantosa carta que tenía en sus manos, permaneció inmóvil como una estatua. Cuando volvió Margarita y le halló en aquel estado, creyó y no sin fundamento, que se hallaba en un acceso de delirio.

—Jesús me valga! ¡Pobre Gerardo! ¿Qué le sucede? ¿Dura todavía la fiebre?

—Ah! ¿piensas que estoy loco? exclamó rabioso: te equivocas, no hay nada de lo que te figuras, ¿lo entiendes? estoy en mi cabal razon, pero estoy malo; esto es lo que sucede, déjame.

Una hora después el médico, a quien Margarita había mandado llamar a pesar de la prohibición de su marido, se encontraba al lado de la cama de Gerardo.

—Maese Van Spiel, le dijo tomándole el pulso, aun dura esta maldita fiebre; es preciso que exista una causa que la haya reproducido.

—Una causa... una causa? ¿Qué quereis decirme? preguntó bruscamente el enfermo.

—Nada; pero toca al paciente instruir al médico: nosotros vemos un poco en el cuerpo, pero no nos es concedido leer en el alma. Un pesar, una inquietud, por ejemplo, pueden llegar a ser las causas principales, causa efficientes. Esto se ve todos los días. Escuchad, maese, estamos solos y podemos hablar confidencialmente; ¿quereis que os hable con franqueza?

—Hablad, dijo Gerardo, cuya agitación se acrecentaba a medida que hablaba el doctor.

—Pues bien, yo apostaría cualquiera cosa a que temeis a los muertos.

—Yo, ¿qué yo los temo? De ningún modo, doctor. Si os hablé ayer de eso, fué únicamente, ¿qué se yo, por qué? ¿qué motivo hay para que me asuten? Soy tal vez culpable de algun crimen? Además, no quiero que se me hable de mi primo.

—¿De vuestro primo? replicó el doctor con lentitud, ¿de vuestro primo? Si no he pronunciado su nombre.

—No quiero que pregunten por él en mi presencia, exclamó Gerardo enfurecido.

—Ya comprendo; ¿quereis olvidar a vuestro primo Martin?

—¿Qué me importa su memoria? ¡Un ahorcado!... un...

—No acabeis, desgraciado, dijo el doctor con energía; vuestro primo era un hombre honrado, ¿lo oís, maese Gerardo? La justicia humana le ha condenado, es verdad; pero la justicia divina hará ver su inocencia. El verdadero culpable será conocido muy pronto, y ahorcado en el mismo sitio que Martin Valck, y este asistirá vivo al suplicio de su infame calumniador.

—¿Ha salido de su tumba? preguntó Gerardo abriendo los ojos.

—Ya os he dicho; que este género de milagros se ha visto en mas de una ocasión, respondió el doctor, no ya con el tono dudoso con que se había espresado la víspera; sino con un acento que indignaba a un mismo tiempo una especie de inspiración, una amenaza y el desprecio.

Poco después salió de aquella estancia, y Van Spiel, quedándose solo, continuó sumergido en hondas y aterradoras reflexiones.

CAPITULO VII.

Los tres días siguientes a esta escena, fueron para Gerardo tres siglos de agonía durante la cual no veía mas que horribles imágenes. Su desgraciada Margarita se persuadió al fin que su marido habia perdido el juicio, cuyo rumor comenzó a propagarse por todo el barrio. — «Pobre hombre, decían, se ha vuelto loco, sin duda el trágico fin de su primo es el que le ha puesto en este estado.» La noche del tercer día, estaba Van Spiel en el umbral de la puerta de su tienda; y de pronto se le acercó un hombre que le preguntó:

— ¿Conoceis á Gerardo Van Spiel, amigo mio?

— Yo soy...

— Entonces para vos es esto, dijo el hombre entregándole una carta.

— ¿De quién es?

— ¿Qué sé yo? acaso del diablo, respondió el lacónico mensajero marchándose.

Gerardo temblando de miedo entró, tomó la luz situada en la mesa donde trabajaba Margarita, subió á su cuarto, abrió el billete y reconoció segunda vez la letra de su primo Martin.

— ¿Luego efectivamente viví...?

— ¿Ha resucitado? se preguntaba asustado apretando la comisura con sus dedos. Faltó poco para que las fuerzas le abandonasen, vacilaba como un hombre embriagado y no se sentía con ánimo de echar una mirada sobre el escrito, pero habiendo recibido un poco la calma pudo leer lo siguiente:

Primo mio, tu conciencia ¿no te hace experimentar horribles remordimientos? ¿Resistirás tanto tiempo á sus gritos? No quieres declarar mi inocencia? Ten cuidado, primo; si no hablas, la justicia de Dios no tardará en aparecer.

La turbación que se apoderó entonces del fabricante de cuero dorado no le abandonó mas; renunció al trabajo, hablaba muy poco y siempre por monosílabos. Tan pronto andaba, tan pronto corría por la casa, ó bien se quedaba inmóvil en una silla horas enteras; su sueño era horrorosamente agitado; casi todas las noches soñaba en alta voz y hablaba de justicia, de magistrados, de tormentos, de Dios, de la horca; algunas veces se creía rodeado de espectros, y pensaba verse delante de su primo Martin Valck. Su pobre Margarita estaba desconsolada, y los vecinos, testigos de la conducta de su esposo, no dudaban respecto á la locura de Gerardo.

Transcurrieron tres semanas, y regularmente, de cinco en cinco días, recibía Van Spiel una carta escrita por la mano de su primo. Este espantoso misterio le puso en tal estado, que varias personas aseguraron que maese Gerardo, no solo habia perdido la razon, sino que estaba poseído de un espíritu maligno, y que era preciso exorcizarle.

Una mañana, algunos instantes despues de haber recibido otra carta, bajó Gerardo á su tienda, donde se encontraban reunidas, en íntima confianza, unas cuantas mugeres del barrio que hacían mil comentarios respecto al estado moral del dueño de la casa. A la imprevista aparición de maese, se asustó el femenino parlamento como un rebaño de ovejas á la vista del lobo. La mirada del desgraciado Gerardo, no podía menos que producir un terror pánico; su boca iba echando espumas, sus ojos parecían salirse de su órbita y sus cabellos se le encrespaban.

— Gerardo, mi querido Gerardo, ¿qué tienes, qué te pasa? exclamó Margarita levantando sus manos al cielo.

— ¿Qué hay, qué sucede? dijo Gerardo tartamudeando. Pronto lo sabrás, y entonces....

No acabó la frase, y atravesando el compacto grupo de las mugeres, salió á la calle.

— ¡Válgame la Virgen! decía la una, está loco.

— ¡Ay mi querida vecina! decía otra, mire no sea el diablo quien....

— ¡Dios os proteja, pobre Margarita!

— ¡Va á ahorcarse, estoy segura de ello.

Al fin, vueltas de su primer espanto, todas se apresuraron á salir á la calle para gritar: «¡ese loco, ó poseído del diablo, y rogar á los buenos ciudadanos que le sujetasen.

CAPITULO VIII.

Ya era tarde. Van Spiel habia desaparecido.

Acababan de dar las diez en el reloj de la catedral. Un miserable, acusado de haber cometido uno de aquellos asesinatos, cuyos pormenores tienen un interés irresistible para el pueblo, comparecía en este momento delante de los magistrados llamados á juzgarle. La multitud se apiñaba y se aumentaba en el recinto del tribunal, escuchando no obstante con el mas profundo silencio, al elocuente orador encargado de la defensa del acusado. Ya llegaba á la parte mas animada y mas patética de su discurso, cuando fué interrumpido de repente por los gritos de un hombre, que para atravesar la muchedumbre, distribuía á derecha y á izquierda vigorosos empujones y puñetazos.

— ¡Paso, paso! gritaba, dejadme pasar; yo quiero hablar á los jueces.... Señor schouteth, mandad que no dejen llegar hasta vos.

La multitud dejó pasar al furioso aunque con trabajo, que al fin logró ponerse delante de los magistrados.

— ¡Alabarderos! Echad fuera á este hombre, dijo el schouteth, levantándose.

— ¡Voto al infierno! vos me escuchareis hablar: tengo cosas horribles que decir.

— ¿Qué cosas tan importantes son las que tenéis que manifestar para turbar de este modo la asamblea?

— Vengo á haceros saber que mi primo Valck que fué ahorcado hace un mes, ha resucitado.

— Este hombre está loco, dijo el presidente dirigiéndose á sus colegas.... ¡Alabarderos....

— Escuchadme, escuchadme, escuchadme; juro delante de Dios que Martin está vivo.

Existía en Gerardo Van Spiel un acento de convicción que los magistrados quedaron indecisos.

— ¿Y como lo sabeis? preguntó el schouteth.

— Me ha escrito seis cartas; hélas aquí, mirad, dijo Van Spiel sacando de su bolsillo un legajo de papeles que arrojó en la mesa de los jueces.

— Pero amigo mio, ¿vos estais?...

— ¿Loco, no es verdad? ¿no es eso lo que ibais á decirme? Pues bien, no; no estoy loco, conservo mi razon, tanto como vos. ¿Queréis saber lo que soy? un miserable, un asesino infame á quien los remordimientos despedazan mas que los horribles instrumentos de tortura. Habeis condenado injustamente á mi primo, y Dios le ha vuelto á la vida; el crimen de que le habeis creído culpable lo he cometido yo, si, yo mismo. Gerardo Van Spiel. Ahora que lo sabeis todo, condenadme, que se haga justicia.

La confesion que el culpable acababa de hacer, produjo una profunda sensacion en la multitud, y mas viva todavia en el animo de los magistrados, que fueron los jueces de Martin Valck. Uno solo de entre ellos se obstinó en considerar como extravagancias cuanto Gerardo habia dicho, y observó dirigiéndose á sus colegas.

— Pero no conoceis que este hombre está rematadamente loco?

— Os engañais, dijo una voz que salió del auditorio. Todo cuanto ha revelado es verdad.

— En nombre de la ley y de monseñor nuestro duque, preséntese delante de nosotros el que acaba de hablar, dijo el schouteth.

La multitud abrió paso al que atestiguaba la verdad de la revelación de Gerardo; era el doctor. La presencia de este excelente ciudadano, conocido de todo el mundo produjo un efecto que no se puede describir.

—¿Que significa este misterio? preguntó el *schouteth* algo conmovido.

—Que este hombre os ha confesado la verdad, magistrados; no es la locura, sino los remordimientos los que le hacen hablar. Injustamente habeis condenado a muerte al desgraciado Martín Valek, y Dios en su bondad infinita ha permitido que se salvasse. Lo que no debe creerse es que ha resucitado como asegura maese Van Spiel.

—¿Pues entonces, como es que vive? preguntó un magistrado.

—Dios se ha servido de mí para que sucediese este prodigio; señores, sabéis que me concedisteis el favor de visitar a mi amigo en su prisión, y hasta de acompañarlo cuando caminaba al suplicio. Hallándome a su lado pocos momentos antes que le llevasen a la horca, concebí una idea, que sin duda el cielo me inspiró. Me acordé de pronto de la historia de un gran personaje de Inglaterra, que igualmente condenado a la cuerda le salvó un médico, amigo suyo. Rogué a Martín Valek que me consintiese emplear en su favor el mismo medio al cual había recurrido el médico inglés; consintió en ello: al punto me puse a trabajar; le practiqué en la traquearteria, un poco mas arriba de la laringe, una ligera incisión destinada a dejar penetrar hasta los pulmones una cantidad de aire, pequeña a la verdad, pero bastante, sin embargo para conservar un resto de vida mientras que el desgraciado debía permanecer colgado. La operación tuvo el éxito que me propuse, porque Dios había resuelto salvar a maese Martín. Descolgado, y según vuestro consentimiento, en mi poder, mi amigo respiraba todavía, pero tan débilmente, que al verle los magistrados, hubieran dicho que su cuerpo no era mas que un cadáver. Poniendo mi confianza en el cielo, recurri a todos los poderes de mi arte, y fui tan feliz en mi empresa, que a la mañana siguiente, el honrado Martín se encontraba fuera de peligro.

—¡Milagro, milagro! exclamó la multitud batiendo las palmas.

—Pero ¿qué quieren decir estas cartas? preguntó el *schouteth*.

—El cielo, repuso el doctor cuando se restableció un poco el silencio del auditorio, el cielo después de haber salvado al inocente nos permite además descubrir al verdadero culpable. Yo estaba intimamente convencido, que Martín no había podido cometer el crimen, cuya acusación le condujo a vuestra presencia. ¿Quién podría haber combirado con tanta habilidad como mala fe la perdición de mi amigo? Esta pregunta que yo me hacia mil veces al día, me condujo a pensar en su primo Gerardo, que sabía yo era un mal hombre y enemigo mortal de Martín. Algunas palabras que pronunció involuntariamente en mi presencia en un acceso febril, casi confirmaron mis sospechas. Cuando mi amigo volvió a la vida, le obligué a que escribiera misteriosamente a aquel a quien yo sospechaba autor del crimen, a fin de escitar el remordimiento en su corazón, y obligarle por este medio, sino a presentarse delante de vosotros para confesar su maldad, al menos a declarar la inocencia de su primo. Ya veis el efecto que ha producido mi sagaz procedimiento; ahora todos demos gracias al Señor y que un acta de rehabilitación vuelva a maese Valek a la estimación y a la amistad que sus conciudadanos le han manifestado siempre.

—¡Bravo, bravo; excelente doctor! gritaron en la sala. Vamos a casa de maese Valek.

—¡Alabado sea Dios!

—¡A la horca el calumniador!

—¡A casa de Valek!

—¡A casa de Valek!

—Si, si, ciudadanos, dijo el doctor, vamos a devolver a su familia y a sus numerosos amigos, al honrado Martín.

Suspendióse la sesión; los jueces y el pueblo siguieron al doctor, quien los llevó a su casa. Martín pareció en medio de la multitud, y fué conducido por ella casi en triunfo hasta que llegó al lado de su esposa y de sus hijas.

Al día siguiente Gerardo Van Spiel fué ajusticiado en la misma horca que sirvió para la ejecución de su primo, y el pueblo dijo presenciando su suplicio.

—Si, si, el cielo es justo. Este no resucitará.

VISTAS DE ESPAÑA.

BIBLIOTECA
MADRID
MUNICIPAL



VISTA DEL EMBARCADERO DEL BUEN RETIRO, EN MADRID.

AVISO INTERESANTE.

Algunas dudas que han producido los prospectos del *Museo de las Familias* y de la obra titulada *Recuerdos de un Viaje en España*, repartidos últimamente, nos obligan a hacer las siguientes aclaraciones:

1.^a Que las dos partes de la citada obra, ofrecidas como regalo a los que continúan favoreciéndonos en el año próximo de 1849, consistirán de veinte pliegos de impresión cada una, de modo que lo que reciben gratis los suscritores, son **cuarenta pliegos** en 4.^o mayor de una obra original impresa con todo lujo y con multitud de bellísimos grabados. Si a estos cuarenta pliegos se añaden los treinta y siete de que ordinariamente consta cada tomo del *Museo*, y los seis que componen las diez cubiertas de los números, resulta que por 50 reales en Madrid, y 54 ó 40 en provincia, tendrán los suscritores el año venidero, 85 pliegos de impresión, equivalentes en lectura a diez tomos en 8.^o regular.

2.^a Que las cuatro partes sucesivas de la obra, se darán a los que permanezcan suscritos al *Museo* en los años de 1850 y 51, en los mismos términos que las dos primeras se les da en el de 49.

3.^a Que cada parte de la obra es un libro independiente que no necesita de las demás para formar un todo perfecto, a la manera de los *Tres Mosqueteros*, la *Rueda de la Fortuna*, y otros mil libros y comedias que se hallan en igual caso. La entrega de los *Recuerdos de un Viaje en España*, remitida ya a los que hasta ahora se han suscrito, y a los corresponsales para que la tengan de muestra, explica mejor que nada el pensamiento del autor. Esta obra se escribió para publicarla en una serie de artículos sueltos en el *Museo de las Familias*; pero pareciéndonos que podía formar un bonito libro independiente, nos decidimos a imprimirla aparte y a regalarla a nuestros suscritores, a pesar de que esta decisión nos ocasiona un gasto de **cuarenta mil reales al año**, sobre el ordinario del periódico, por causa del número tan crecido de suscritores, y del mucho costo de la impresión y del papel en las ediciones de lujo; de modo que voluntariamente vamos a hacer en los tres años un desembolso de seis mil duros, solo por obsequiar a los que nos favorecen.

4.^a y última. Que las cuarenta y cinco láminas que hemos ofrecido aparte de la obra, pagándose también por separado, no son precisas en ella; son un adorno mas que puede añadir el que tenga gusto y medios para hacerlo; pero sin las láminas queda la obra tan completa como con ellas. Esta colección de láminas que representan, como se dijo en el prospecto, trages y vistas de España, de singular mérito, no solo pueden servir para la obra, sino también como adorno puestas en marcos en una habitación, ó formando un *album* para encima de una mesa. Son poquísimos los ejemplares de que podemos disponer, y estos se distribuirán entre los primeros que hagan el pedido, prefiriendo a los que paguen de una vez la colección.

Hechas estas aclaraciones, quedan contestados los que juzgándonos de una manera poco conforme a la lealtad con que siempre hemos procedido con el público, creían que el dar gratis las dos partes de la obra, era con objeto de obligar a los suscritores a pagar las cuatro restantes, y lo mismo la colección de láminas. Nuestros suscritores saben que jamás hemos usado de supercherías; es cierto que en el regalo de 1849, hemos excedido casi los límites de lo posible, y esto ha dado lugar a la duda y desconfianza de algunos; pero lo hemos hecho solo por gratitud a los que nos honran con su apoyo, y sin ninguna otra mira ni doble intención mas que mostrarnos generosos y galantes hasta el exceso. Además del regalo, en que como se ve hemos llevado el despendimiento hasta un extremo que ha hecho dudar de nuestras intenciones, el *Museo* recibirá mejoras de importancia en su parte material y literaria, para cuyo efecto contamos con la cooperación de los escritores de mas nota, y tenemos ya en nuestro poder artículos de singular mérito, así como bellísimos grabados originales, obra de nuestros primeros artistas.

Nos falta advertir por conclusion que todos los que se suscriban antes de repartirse el número primero del tomo sétimo del *Museo*, ó sea antes del 25 de enero próximo, disfrutarán de las ventajas ofrecidas en el prospecto, es decir, que recibirán gratis la entrega primera de la obra; desde este día en adelante, el que se suscriba, si la quiere recibir, tendrá que pagarla, sin que en este punto hagamos escepcion en favor de nadie.

Madrid 25 de diciembre de 1848.

DIRECTOR Y EDITOR PROPIETARIO
FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

ÍNDICE POR ORDEN DE MATERIAS.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LA REINA DE ESPAÑA DOÑA JUANA, LLAMADA COMUNEMENTE LA LOCA; por don J. Quevedo, pág. 2.
IDEM, conclusion; pág. 25.
LA REINA DE FRANCIA, MARIA ANTONIETA; pág. 50.
IDEM, conclusion; pág. 75.
DOÑA INÉS DE CASTRO; por don I. A. Bermejo, pág. 121.
FR. FROILAN DIAZ Y LOS HECHIZOS DE CARLOS II, REY DE ESPAÑA; por don J. Quevedo, pág. 149.
IDEM, conclusion; pág. 172.
LA PRINCESA DE CASTILLA DOÑA JUANA, LLAMADA COMUNEMENTE LA BELTRANEJA; por don J. Quevedo, pág. 213.

DON ENRIQUE EL DE LAS MERCEDES; por don F. F. Villabrille, pág. 5.
LA CONQUISTA DE TOLEDO; por el mismo, página 51.
LA TOMA DE VISEO; por el mismo, página 81.
DON ENRIQUE EL DOLIENTE; por el mismo, página 156.
VIRIATO; por el mismo, pág. 20.
TRIUNFAR DESPUES DE MORIR; por el mismo, pág. 246.
REGUERDO HISTÓRICO DE LAS REINAS GOBERNADORAS DE ESPAÑA; por don N. C. Cannedo, pág. 266.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DE LA ROMERIA TITULADA LAS VUELTAS

DE SAN ANTON; por don B. S. Castellanos, pág. 19.
DEL MIERCOLES DE CENIZA Y LA CUARESMA; por el mismo, pág. 70.
DE LAS ROMERIAS PÚBLICAS, Y EN ESPECIAL DE LA DE SAN ISIDRO EN MADRID, Y DE LAS DANZAS POPULARES; por el mismo, pág. 114.
DE LAS LUMINARIAS PÚBLICAS, VISPERAS DE SANTOS PATRONOS DE LOS PUEBLOS, Y DEL ORIGEN DE LOS FUEGOS ARTIFICIALES; por el mismo, pág. 141.
DE LAS ROMERIAS Y VERBENAS; por el mismo, pág. 164.
DE LAS VENDIMIAS Y FIESTAS DE SAN MIGUEL; por el mismo, pág. 210.
PRACTICAS POPULARES DEL DIA DE LOS SANTOS INOCENTES, DE LAS INOCENTA-

OS ECLESIASTICAS Y ORIGEN DE ESTA
FESTIVIDAD; por el mismo, pág. 270.
LOS VENDEDORES DE MADRID, pág. 272.

ESPAÑA CABALLERESCA.

LA TORRE DE LUJAN, ó PAVIA Y MADRID;
por el conde de Fabraquer, pág. 9.
IDEM; conclusion, pág. 54.
TRES AMANTES Y NINGUNO, ó LOS ÚLTIMOS
AÑOS DE CARLOS II; por el mismo,
página 62.
IDEM; conclusion, pág. 84.
FERNANDO VI Y FARINELLI; por el mis-
mo, pág. 115.
IDEM; conclusion, pág. 127.
EL QUE LA HACE LA PAGA; por el mismo,
página 155.
MARTIN ALFONSO DE HARO; por el mis-
mo, pág. 186.

ESTUDIOS DE VIAGES.

FRANCIA; pág. 24.
FUENTE DE LA PALMERA EN PARÍS; p. 80.
NÁPOLES; pág. 98.
CATEDRAL DE LA CIUDAD DE LAS PAL-
MAS; pág. 139.
AKBAR Y SU SEPULCRO; pág. 170.
RUINAS DEL CASTILLO DE BOISIRAME; pá-
gina 190.

LOS CURDOS; pág. 210.
ITALIA.—ROMA; pág. 215.
EL MONTE VALERIANO; pág. 258.
LA LAMPARA DE LELIA; pág. 255.
MONSANT; pág. 260.
LA CARTUJA DE SCALA DEI; por don S.
F., pág. 281.
UNA VISITA A GASPARONI, EL CELEBRE
BANDIDO ITALIANO, EN 1848; por el con-
de de Fabraquer, pág. 284.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

LA MECA; pág. 116.
ABADIA DE WESTMINSTER, pág. 146.
HISTORIA FÍSICA DE LA TIERRA; por don
Nicolás C. Caunedo, pág. 206.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

MIGUEL ANGEL; pág. 99.
GALILEO GALILEI; pág. 161.
FRANCISCO PETRARGA; pág. 178.
DON ALBERTO LISTA; pág. 255.
DON PELAYO, PRIMER REY DE ASTURIAS;
por don N. C. Caunedo, pág. 242.
LICURGO; por don N. Araya, pág. 277.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LA TORRE DE LOS SIETE SUELOS, TRADI-

CION GRANADINA; por don José J. Soler,
página 57.

VIAGE Á SUECIA.—RECUERDOS DE REVAL;
página 185.

MARIA TARAKANOF; pág. 197.

IDEM; conclusion, pág. 228.

EL DEVOCIONARIO; pág. 249.

DE COMO LOS MUERTOS SALEN ALGUNAS
VECES DE LA TUMBA, tradicion de Am-
beres, pág. 287.

ESTUDIOS ANEDOTICOS.

LOS TRES AMIGOS DE LEPANTO; pág. 21.
EL SOMBRERO DE FELIPE II; pág. 46.

ESTUDIOS DE INDUSTRIA.

MAQUINAS DE VAPOR, APLICADAS Á LOS
CARRUAGES; pág. 118.

CARACTERES ANTIGUOS.

EL ESTUDIANTE; pág. 145.
LA CORTESANA DE VENECIA; pág. 167.

HISTORIA NATURAL.

EL COIPOU; pág. 72.
PAPAGAYOS.—LOS KAKATOES; pág. 95.
EL NASICO; pág. 181.
RINOCERONTE DE NARICES ATABICADAS;
página 264.

INDICE GENERAL POR ORDEN ALFABETICO.

ABADIA DE WESTMINSTER; pág. 146.
AKBAR Y SU SEPULCRO; pág. 170.
CATEDRAL DE LA CIUDAD DE LAS PALMAS;
pág. 139.
CONQUISTA DE TOLEDO (la); por el señor
Villabrille, pág. 51.
CORTESANA DE VENECIA (la); pág. 167.
COIPOU (el); pág. 72.
CURDOS (los); pág. 210.
DE COMO LOS MUERTOS SALEN ALGUNAS
VECES DE LA TUMBA; tradicion de
Amberes, pág. 287.
DE LA ROMERIA TITULADA LAS VUELTAS
DE SAN ANTON; por don B. S. Castellano,
pág. 19.
DEL MIERCOLES DE CENIZA Y LA CUARES-
MA; por el mismo, pág. 70.
DE LAS ROMERIAS PÚBLICAS, Y EN ESPE-
CIAL DE LA DE SAN ISIDRO EN MADRID,
Y DE LAS DANZAS POPULARES; por el
mismo, pág. 114.
DE LAS LUMINARIAS PÚBLICAS, VISPERAS
DE SANTOS PATRONOS DE LOS PUEBLOS,
Y DEL ORIGEN DE LOS FUEGOS ARTIFI-
CIALES; por el mismo, pág. 141.
DE LAS ROMERIAS Y VERBENAS; por el
mismo, pág. 164.
DE LAS VENDIMIAS Y FIESTAS DE SAN MI-
GUEL; por el mismo, pág. 210.
DEVOCIONARIO (el); pág. 249.
DOÑA INÉS DE CASTRO; por el señor Ber-
mejo, pág. 121.
ESTUDIANTE (el); pág. 145.
ENRIQUE EL DE LAS MERCEDES (Don); por
el señor Villabrille, pág. 5.
EL SOMBRERO DE FELIPE II; pág. 46.
ENRIQUE EL DOLIENTE (Don); por el mis-
mo, pág. 156.
EL QUE LA HACE LA PAGA; por el conde de
Fabraquer, pág. 155.

EL MONTE VALERIANO; pág. 258.
FERNANDO VI Y FARINELLI; por el mismo,
página 115.
IDEM; conclusion, pág. 127.
FRANCISCO PETRARGA; pág. 178.
FRANCIA; pág. 24.
FROILAN DIAZ (Fr.) Y LOS HECHIZOS DE
CARLOS II, REY DE ESPAÑA; por don
J. Quavedo, pág. 149.
IDEM; conclusion, pág. 172.
FUENTE DE LA PALMERA EN PARÍS; pá-
gina 80.
GALILEO GALILEI; pág. 161.
HISTORIA FÍSICA DE LA TIERRA; por don
N. C. Caunedo, pág. 206.
ITALIA.—ROMA; pág. 215.
LA CARTUJA DE SCALA DEI; por don S.
F., pág. 281.
LAMPARA DE LELIA (la); pág. 255.
LISTA (DON ALBERTO); pág. 255.
LICURGO; por don N. Araya, pág. 277.
LOS VENDEDORES DE MADRID, pág. 272.
MAQUINAS DE VAPOR, APLICADAS Á LOS
CARRUAGES; pág. 118.
MARIA TARAKANOF; pág. 197.
IDEM; conclusion, pág. 228.
MARTIN ALFONSO DE HARO; por el conde
de Fabraquer, pág. 186.
MECA (la); pág. 116.
MIGUEL ANGEL; pág. 99.
MONSANT; pág. 260.
NÁPOLES; pág. 98.
NASICO (el); pág. 181.
PAPAGAYOS.—LOS KAKATOES, pág. 95.
PELAYO (Don), PRIMER REY DE ASTURIAS;
por don N. C. Caunedo, pág. 242.
PRÁCTICAS POPULARES DEL DIA DE LOS
INOCENTES, DE LAS INOCENTADAS ECLE-
SIASICAS Y ORIGEN DE ESTA FESTIVI-
DAD; por don B. S. Castellanos, p. 270.

PRINCESA DE CASTILLA DOÑA JUANA, LLA-
MADA LA BELTRANEJA (la); por don J. Que-
vedo, pág. 248.
RECUERDO HISTORICO DE LAS REINAS GO-
BERNADORAS DE ESPAÑA; por don N.
C. Caunedo, pág. 266.
REINA DE ESPAÑA (la) DOÑA JUANA, LLA-
MADA COMUNMENTE LA LOCA; por don
J. Quavedo, pág. 2.
IDEM; conclusion, pág. 25.
REINA DE FRANCIA (la) MARIA ANTONIE-
TA; pág. 50.
IDEM; conclusion, pág. 75.
RINOCERONTE DE NARICES ATABICADAS;
página 246.
RUINAS DEL CASTILLO DE BOISIRAME; pá-
gina 190.
TOMA DE VISEO (la); por el señor de Vi-
llabrille, pág. 81.
TORRE DE LOS SIETE SUELOS (la), TRADI-
CION GRANADINA; por don J. J. Soler,
página 57.
TORRE DE LUJAN (la) ó PAVIA Y MADRID;
por el conde de Fabraquer, pág. 9.
IDEM; conclusion, pág. 54.
TRES AMIGOS DE LEPANTO (los); pág. 21.
TRES AMANTES Y NINGUNO ó LOS ÚLTIMOS
AÑOS DE CARLOS II; por el conde de
Fabraquer, pág. 62.
IDEM; conclusion, pág. 84.
TRIUNFAR DESPUES DE MORIR; por el señor
Villabrille, pág. 246.
UNA VISITA A GASPARONI, EL CELEBRE
BANDIDO ITALIANO; por el conde de Fa-
braquer, 284.
VIAGE Á SUECIA.—RECUERDOS DE REVAL;
página 185.
VIRIATO; por el señor Villabrille, pá-
gina 20.